

# ANTOLOGÍA

LITERATURA ESPAÑOLA

4º ESO

**GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER**  
**RIMAS**

**I**

Yo sé un himno gigante y extraño  
que anuncia en la noche del alma una aurora,  
y estas páginas son de este himno  
cadencias que el aire dilata en las sombras.

Yo quisiera escribirle, del hombre  
domando el rebelde, mezquino idioma,  
con palabras que fuesen a un tiempo  
suspiros y risas, colores y notas.

Pero en vano es luchar; que no hay cifra  
capaz de encerrarlo, y apenas, ¡oh hermosa!,  
si, teniendo en mis manos las tuyas,  
pudiera, al oído, cantártelo a solas.

**X**

Los invisibles átomos del aire  
en derredor palpitan y se inflaman;  
el cielo se deshace en rayos de oro;  
la tierra se estremece alborozada.

Oigo flotando en olas de armonía  
rumor de besos y batir de alas;  
mis párpados se cierran ... ¿Qué sucede?  
¡Es el amor que pasa !

**XI**

-Yo soy ardiente, yo soy morena,  
yo soy el símbolo de la pasión;  
de ansia de goces mi alma está llena.  
¿A mí me buscas? -No es a ti; no.

-Mi frente es pálida; mis trenzas de oro  
puedo brindarte dichas sin fin;  
yo de ternura guardo un tesoro.  
¿A mí me llamas? -No; no es a ti.

-Yo soy un sueño, un imposible.  
vano fantasma de niebla y luz;  
soy incorpórea, soy intangible;  
no puedo amarte. -¡Oh, ven; ven tú!

**XV**

Cendal flotante de leve bruma,  
rizada cinta de blanca espuma,  
rumor sonoro  
de arpa de oro,  
beso del aura, onda de luz,  
eso eres tú.

Tú, sombra aérea, que cuantas veces  
voy a tocarte te desvaneces  
como la llama, como el sonido,  
como la niebla, como el gemido  
del lago azul.

**XVII**

Hoy la tierra y los cielos me sonríen;  
hoy llega al fondo de mi alma el sol;  
hoy la he visto .... la he visto y me ha mirado .  
¡ Hoy creo en Dios !

**XVIII**

Fatigada del baile,  
encendido el color, breve el aliento,  
apoyada en mi brazo,  
del salón se detuvo en un extremo.

Entre la leve gasa  
que levantaba el palpitante seno,  
una flor se mecía  
en compasado y dulce movimiento.

Como en cuna de nácar  
que empuja el mar y que acaricia el céfiro  
tal vez allí dormía  
al soplo de sus labios entreabiertos.

¡Oh, quién así -pensaba-  
dejar pudiera deslizarse al tiempo!  
¡Oh, si las flores duermen,  
qué dulcísimo sueño!

**XIX**

Cuando sobre el pecho inclinas  
la melancólica frente,  
una azucena tronchada  
me parecés.

Porque al darte la pureza,  
de que es símbolo celeste,  
como a ella te hizo Dios  
de oro y nieve.

**XXI**

“¿Qué es Poesía?”. dices mientras clavas  
en mi pupila tu pupila azul.  
“¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo preguntas?  
Poesía ... eres tú.”

**XXIII**

Por una mirada un mundo;  
por una sonrisa, un cielo,  
por un beso..., ¡ yo no sé  
qué te diera por un beso!

**XXX**

Asomaba a sus ojos una lágrima  
y a mi labio una frase de perdón;  
hablo el orgullo y enjugó su llanto,  
y la frase en mis labios expiró.

yo voy por un camino, ella por otro;  
pero al pensar en nuestro mutuo amor,  
yo digo aún: - “¿Por qué callé aquel día?”  
Y ella dirá: -“¿Por qué no lloré yo?”

**XXXI**

Nuestra pasión fue un trágico sainete,  
en cuya absurda fábula  
lo cómico y lo grave confundidos  
risas y llanto arrancan.

Pero fue lo peor de aquella historia,  
que, al fin de la jornada,  
a ella tocaron lágrimas y risas,  
¡ y a mí sólo las lágrimas!

**XXXIV**

Cruza callada, y son sus movimientos  
silenciosa armonía;  
Suenan sus pasos, y al sonar, recuerdan  
del himno alado la cadencia rítmica.

Los ojos entreabre, aquellos ojos  
tan claros como el día;  
y la Tierra y el Cielo, cuanto abarcan,  
arden con nueva luz en sus pupilas.

Ríe, y su carcajada tiene notas  
del agua fugitiva;  
llora, y es cada lágrima un poema  
de ternura infinita.

Ella tiene la luz, tiene el perfume,  
el calor y la línea;  
la forma engendradora de deseos,  
la expresión, fuente eterna de poesía.

¿Que es estúpida?... ¡Bah! Mientras callando  
guarde oscuro el enigma,  
siempre valdrá, a mi ver, lo que ella calla  
más que lo que cualquiera otra me diga.

**XLII**

Cuando me lo contaron sentí el frío  
de una hoja de acero en las entrañas;  
me apoyé contra el muro, y un instante  
la conciencia perdí de donde estaba.

Cayó sobre mi espíritu la noche;  
en ira y en piedad se anegó el alma...  
¡Y entonces comprendí por qué se llora,  
y entonces comprendí por qué se mata.

Pasó la nube de dolor... con pena  
logré balbucear breves palabras...  
¿Quién me dio la noticia?... Un fiel amigo  
¡Me hacía un gran favor?... Le di las gracias.

**XLIII**

Dejé la luz a un lado, y en el borde  
de la revuelta cama me senté,  
mudo, sombrío, la pupila inmóvil,  
clavada en la pared.

¿Qué tiempo estuve así? No sé; al dejarme  
la embriaguez horrible del dolor,  
expiraba la luz y en mis balcones  
reía el sol.

Ni sé tampoco en tan horribles horas  
en qué pensaba o qué pasó por mí;  
sólo recuerdo que lloré y maldije,  
y que en aquella noche envejecí.

**LX**

Mi vida es un erial:  
flor que toco se deshoja;  
que en mi camino fatal  
alguien va sembrando el mal  
para que yo lo recoja.

## **ROMANTICISMO**

**José de Espronceda**

*LA CAUTIVA*

YA el sol esconde sus rayos,  
el mundo en sombras se vela,  
el ave a su nido vuela,  
busca asilo el trovador.

Todo calla: en pobre cama  
duerine el pastor venturoso;  
en su lecho suntuoso  
se agita insomne el señor.

Se agita; mas, ¡ay!, reposa  
al fin en su patrio suelo;  
no llora en misero duelo  
la libertad que perdió.

Los campos ve que a su infancia  
horas dieron de contento,  
su oído halaga el acento  
del país donde nació.

No gime ilustre cautivo  
entre doradas cadenas,  
que, si bien de encanto llenas,  
al cabo cadenas son.

Si acaso triste lamenta,  
en torno ve a sus amigos,  
que, de su pena testigos,  
consuelan su corazón.

La arrogante erguida palma  
que en el desierto florece,  
al viajero sombra ofrece,  
descanso y grato manjar.

Y, aunque sola, allí es querida  
del árabe errante y fiero,  
que siempre va placentero  
a su sombra a reposar.

Mas, ¡ay triste!, yo cautiva,  
huérfana y sola suspiro,  
en clima extraño respiro  
y amo a un extraño también.

No hallan mis ojos mi patria:  
humo han sido mis amores;  
nadie calma mis dolores,  
y en celos me siento arder.

¡Ah! ¿Llorar? ¿Llorar? ... No puedo,  
ni ceder a mi tristura,  
ni consuelo en ni amargura  
podré jamás encontrar.

Supe amar como ninguna,  
supe amar correspondida;  
despreciada, aborrecida,  
¿no sabré también odiar?

¡Adiós, patria! ¡Adiós amores!  
La infeliz Zoraida ahora  
sólo venganzas implora,  
ya condenada a morir.

No soy ya del castellano  
la sumisa enamorada:  
soy la cautiva cansada  
ya de dejarse oprimir.

### ***LA CANCION DEL PIRATA***

Con diez cañones por banda,  
viento en popa, a toda vela,  
no corta el mar, sino vuela  
un velero bergantín.

Bajel pirata, qu ellaman,  
por su bravura, el *Temido*  
en todo mar conocido  
del uno al otro confín.

La luna en el mar riela,  
en la lona gime el viento,  
y alza en blando movimiento  
olas de plata y azul;

y ve el capitán pirata,  
cantando alegre en la popa,  
Asia a un lado; al otro, Europa,  
y allá a su frente, Estambul.

Navega, velero mío,  
sin temor,  
que ni enemigo navío,  
ni tormenta, ni bonanza  
tu rumbo a torcer alcanza  
ni a sujetar tu valor.

\*

Veinte presas  
hemos hecho  
a despecho  
del inglés,  
y han rendido  
sus pendones  
cien naciones  
a mis pies.

Que es mi barco mi tesoro,  
que es mi Dios, la libertad,  
mi ley, la fuerza del viento;  
mi única patria, la mar.

Allá muevan feroz guerra  
ciegos reyes  
por un palmo más de tierra,  
que yo tengo aquí por mío  
cuanto abarca el mar bravío,  
a quien nadie impuso leyes.

Y no hay playa,  
sea cualquiera,  
ni bandera  
de esplendor  
que no sienta  
mi derecho  
y dé pecho  
a mi valor.

Que es mi barco mi tesoro...  
\*  
A la voz de "¡Barco viene!",  
es de ver  
cómo vira y se previene  
a todo trapo a escapar;  
que yo soy el rey del mar,  
y mi furia es de temer.

En las presas  
yo divido  
lo cogido  
por igual:  
sólo quiero  
por riqueza  
la belleza sin rival.

Que es mi barco mi tesoro...  
\*  
¡Sentenciado estoy a muerte!  
Yo me río:  
No me abandone la suerte,  
y al mismo que me condena  
colgaré de alguna entena  
quizá en su propio navío.

Y, si caigo,  
¿qué es la vida?  
Por perdida  
ya la di  
cuando el yugo  
del esclavo,  
como un bravo,  
sacudí.

Que es mi barco mi tesoro...  
\*  
Son mi música mejor  
aquilones;  
el estrépito y temblor  
de los cables sacudidos,  
del negro mar los bramidos  
y el rugir de mis cañones.

Y del trueno  
al son violento,  
y del viento  
al rebrarnar,  
yo me duermo  
sosegado,  
arrullado  
por el mar.

Que es mi barco mi tesoro,  
que es mi Dios la libertad;  
mi ley, la fuerza del viento;  
mi única patria, la mar.

### **EL CANTO DEL COSACO**

Donde sienta mi caballo los  
pies no vuelve a crecer hierba.  
(Palabras de Atila.)

#### **CORO**

HURRA, cosacos del desierto! ¡Hurra!  
La Europa os brinda espléndido botín:  
sangrienta charca sus campiñas sean  
de los grajos su ejército festín.

¡Hurra! ¡A caballo, hijos de la niebla!  
Suelta la rienda, a combatir volad.  
¿Veis esas tierras fértiles? Las puebla  
gente opulenta, afeminada ya.

Casas, palacios, campos y jardines,  
todo es hermoso y refulgente allí;  
son sus hembras celestes serafines  
su sol alumbraba un cielo de zafir.

¡Hurra, cosacos del desierto...

Nuestros sean su oro y sus placeres,  
gocemos de ese campo y ese sol;  
son sus soldados menos que mujeres,  
sus reyes viles mercaderes son.

Vedlos huir para esconder su oro  
vedlos, cobardes, lágrimas verter...  
¡Hurra!, volad: sus cuerpos, su tesoro  
huellen nuestros caballos con sus pies.

¡Hurra, cosacos del desierto...

Dictará allí nuestro capricho leyes,  
nuestras casas alcázares serán,  
los cetos y coronas de los reyes  
cual juguetes de niño rodarán.

¡Hurra!, volad a hartar nuestros deseos:  
las más hermosas nos darán su amor,  
y no hallarán nuestros semblantes feos

que siempre brilla hermoso el vencedor,

¡Hurra, cosacos del desierto ...

Desgarraremos la vencida Europa  
cual tigres que devoran su ración;  
en sangre empaparemos nuestra ropa  
cual rojo manto de imperial señor.

Nuestros nobles caballos relinchando  
regias habitaciones morarán;  
cien esclavos, sus frentes inclinando,  
al mover nuestros ojos temblarán.

¡Hurra, cosacos del desierto...

Venid, volad, guerreros del desierto,  
como nubes en negra confusión,  
todo suelto el bridón, el ojo incierto,  
todos atropellándose en montón.

Id en la espesa niebla confundidos,  
cual tronaba que arrebatara el huracán,  
cual témpanos de hielo endurecidos  
por entre rocas despeinados van.

¡Hurra, cosacos del desierto...

\*

Nuestros padres un tiempo caminaron  
hasta llegar a una imperial ciudad;  
un sol más puro es fama que encontraron,  
y palacios de oro y de cristal.

Vadearon el Tíber sus bridones,  
yerta a sus pies la tierra enmudeció;  
su sueño con fantásticas canciones  
la hada de los triunfos arrulló.

¡Hurra, cosacos del desierto ...

\*

¡Qué! ¿No sentís la lanza estremecerse,  
hambrienta en vuestras manos de matar?  
¿No veis entre la niebla aparecerse  
visiones mil que el parabién nos dan?

Escudo de esas míseras naciones  
era ese muro que abatido fue;  
la gloria de Polonia y sus blasones  
en humo y sangre convertidos ved.

¡Hurra, cosacos del desierto...

¿Quién en dolor trocó sus alegrías?  
¿Quién sus hijos triunfante encadenó?  
¿Quién puso fin a sus gloriosos días?  
¿Quién en su propia sangre los ahogó?

¡Hurra, cosacos! ¡Gloria al más valiente!  
Esos hombres de Europa nos verán.

Hurra! Nuestros caballos en su frente  
hondas sus herraduras marcarán.

¡Hurra, cosacos del desierto ...

A cada bote de la lanza ruda,  
a cada escape en la abrasada lid,  
la sangrienta ración de carne cruda  
bajo la silla sentiréis hervir.

Y allá después en templos suntuosos,  
sirviéndonos de mesa algún altar,  
nuestra sed calmarán vinos sabrosos,  
hartará nuestra hambre blanco pan

¡Hurra, cosacos del desierto...

Y nuestras madres nos verán triunfantes  
y a esa caduca Europa a nuestros pies,  
y acudirán de gozo palpitantes  
en cada hijo a contemplar un rey.

Nuestros hijos sabrán nuestras acciones,  
las coronas de Europa heredarán,  
y a conquistar también otras regiones  
el caballo y la lanza aprestarán.

¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra!  
La Europa os brinda espléndido botín:  
sangrienta charca sus campiñas sean,  
de los grajos su ejército festín.

### **EL MENDIGO**

Mío es el mundo: como el aire libre,  
otros trabajan por que coma yo;  
todos se ablandan si doliente pido  
una limosna por amor de Dios.

El palacio, la cabaña  
son mi asilo,  
si del ábrego el furor  
troncha el roble en la montaña,  
o que inunda la campaña  
el torrente asolador.

Y a la hoguera  
me hacen lado  
los pastores  
con amor,  
y sin pena  
y descuidado  
de su cena  
ceno yo,  
o en la rica  
chimenea,  
que recrea  
con su olor,  
me regalo  
codicioso  
del banquete

suntuoso  
con las sobras  
de un señor.

Y me digo: el viento brama,  
caiga furioso turbión;  
que al son que cruje de la seca leña  
libre me duermo sin rencor ni amor.

Mío es el mundo: como el aire libre...

Todos son mis bienhechores,  
y por todos  
a Dios ruego con fervor;  
de villanos y señores  
yo recibo los favores  
sin estima y sin amor.

Ni pregunto  
quiénes sean,  
ni me obligo  
a agradecer,  
que mis rezos  
si desean,  
dar limosna  
es un deber.  
Y es pecado  
la riqueza:  
la pobreza,  
santidad;  
Dios a veces  
es mendigo,  
y al avaro  
da castigo  
que le niegue  
caridad.

Yo soy pobre y se lastiman  
todos al verme plañir,  
sin ver son más sus riquezas todas,  
que mina inagotable es el pedir.

Mío es el mundo: como el aire libre...

Mal revuelto y andrajoso,  
entre harapos  
del lujo sátira soy,  
y con mi aspecto asqueroso  
me vengo del poderoso,  
y adonde va, tras él voy.

Y a la hermosa  
que respira  
cien perfumes,  
gala, amor,  
la persigo  
hasta que mira,  
y me gozo  
cuando aspira  
punzante  
mal olor.  
Y las fiestas

y el contento  
con mi acento  
turbo yo,  
y en la bulla  
y la alegría  
interrumpen  
la armonía  
mis harapos  
y mi voz,

mostrando cuán cerca habitan  
el gozo y el padecer,  
que no hay placer sin lágrimas, ni pena  
que no transpire en medio del placer.

Mío es el mundo: como el aire libre...

Y para mí no hay mañana ni hay ayer;  
olvido el bien como el mal,  
nada me aflige ni afana,  
me es igual para mañana  
un palacio, un hospital.

Vivo ajeno  
de memorias,  
de cuidados  
libre estoy;  
busquen otros  
oro y glorias,  
yo no pienso  
sino en hoy.  
Y doquiera  
vayan leyes,  
quiten reyes,  
reyes den;  
yo soy pobre,  
y al mendigo,  
por el miedo  
del castigo,  
todos hacen  
siempre bien

Y un asilo donde quiera  
y un lecho en el hospital  
siempre hallaré, y un hoyo donde caiga  
mi cuerpo miserable al expirar.

Mío es el mundo. como el aire libre,  
otros trabajan por que coma yo;  
todos se ablandan si doliente  
pido una limosna por amor de Dios.

### **EL REO DE MUERTE**

*(Para hacer bien por el alma  
del que van a ajusticiar)*

RECLINADO sobre el suelo,  
con lenta amarga agonía,  
pensando en el triste día  
que pronto amanecerá,  
en silencio gime el reo,

y el fatal momento espera  
en que el sol por vez postrera  
en su frente lucirá.

Un altar y un crucifijo  
y la enlutada capilla,  
lánguida vela amarilla  
tiñe su luz funeral;  
y junto al misero reo,  
medio encubierto el semblante,  
se oye al fraile agonizante  
en son confuso rezar.

El rostro levanta el triste  
y alza los ojos al cielo;  
tal vez eleva en su duelo  
la súplica de piedad.  
¡Una lágrima! ¿Es acaso  
de temor o de amargura?  
¡Ay! ¡A aumentar su tristura  
vino un recuerdo quizá!  
Es un joven, y la vida  
llena de sueños de oro,  
pasó ya, cuando aun el lloro  
de la niñez no enjugó;  
el recuerdo es de la infancia  
¡y su madre que le llora,  
para morir así ahora  
con tanto amor le crió!

Y a par que sin esperanza  
ve ya la muerte en acecho,  
su corazón en su pecho  
siente con fuerza latir,  
al tiempo que mira al fraile  
que en paz ya duerme a su lado,  
y que, ya viejo y postrado,  
le habrá de sobrevivir.

Mas ¿qué rumor a deshora  
rompe el silencio? Resuena  
una alegre cantilena  
y una guitarra a la par,  
y gritos y de botellas  
que se chocan el sonido,  
y el amoroso estallido  
de los besos y el danzar.  
Y también pronto, en son triste,  
lúgubre voz sonará:

*¡Para hacer bien por el alma  
del que van a ajusticiar!*

Y la voz de los borrachos,  
y sus brindis, sus quimeras,  
y el cantar de las rameras,  
y el desorden bacanal  
en la lúgubre capilla  
penetran, y carcajadas,

cual de lejos arrojadas  
de la mansión infernal.  
Y también pronto, en son triste,  
lúgubre voz sonará:

*¡Para hacer bien por el alma  
del que van a ajusticiar!*

¡Maldición! Al eco infausto,  
el sentenciado maldijo  
la madre que como a hijo  
a sus pechos le crió;  
y maldijo el mundo todo,  
maldijo su suerte impía,  
maldijo el aciago día  
y la hora en que nació.

## II

Serena la luna  
alumbra en el cielo,  
domina en el suelo  
profunda quietud;  
ni voces se escuchan,  
ni ronco ladrido,  
ni tierno quejido  
de amante laúd.

Madrid yace envuelto en sueño,  
todo al silencio convida,  
y el hombre duerme y no cuida  
del hombre que va a expirar;  
si tal vez piensa en mañana,  
ni una vez piensa siquiera  
en el mísero que espera,  
para morir, despertar;  
que sin pena ni cuidado  
los hombres oyen gritar:

*¡Para hacer bien por el alma  
del que van a ajusticiar!*

¡Y el juez también en su lecho  
duerme en paz, ¡y su dinero  
el verdugo, placentero,  
entre sueños cuenta ya!  
Tan sólo rompe el silencio  
en la sangrienta plazuela  
el hombre del mal, que vela  
un cadalso a levantar.

\*

Loca, y confusa la encendida mente,  
sueños de angustia y fiebre y devaneo,  
el alma envuelve del confuso reo,  
que inclina al pechó la abatida frente

Y en sueños  
confunde  
la muerte,  
la vida;

recuerda  
y olvida,  
suspira,  
respira  
con hórrido afán.

Y en un mundo de tinieblas  
vaga y siente miedo y frío,  
y en su horrible desvarío  
palpa en su cuello el dogal;  
y cuanto más forcejea,  
cuanto más lucha y porfía,  
tanto más en su agonía  
aprieta el nudo fatal.  
Y oye ruidos, voces, gentes  
y aquella voz que dirá:

*¡Para hacer bien por el alma  
del que van a ajusticiar!*

O ya libre se contempla,  
y el aire puro respira,  
y oye de amor que suspira,  
la mujer que a un tiempo amó,  
bella y dulce cual solía,  
tierna flor de primavera,  
el amor de la pradera  
que el abril galán mimó.

Y gozoso a verla vuela,  
y alcanzarla intenta en vano,  
que al tender la ansiosa mano  
su esperanza a realizar,  
su ilusión la desvanece  
de repente el sueño impío,  
y halla un cuerpo mudo y frío  
y un cadalso en su lugar;  
y oye a su lado, en son triste,  
lúgubre voz resonar:

*¡Para hacer bien por el alma  
del que van a ajusticiar!*

## EL VERDUGO

DE los hombres lanzado al desprecio,  
de su crimen la víctima fui,  
y se evitan de odiarse a sí mismos,  
fulminando sus odios en mí.

Y su rencor  
al poner en mi mano, me hicieron  
su vengador;  
y se dijeron:  
"Que nuestra vergüenza común caiga en él;

se marque en su frente nuestra maldición;  
su pan amasado con sangre y con hiel,  
su escudo con armas de eterno baldón,

sean la herencia  
que legue al hijo,  
al que maldijo  
la sociedad."

¡Y de mí huyeron,  
de sus culpas el manto me echaron,  
y mi llanto y mi voz escucharon sin piedad!

Al que a muerte condena le ensalzan...  
¿Quién al hombre del hombre hizo juez?  
¿Qué no es hombre ni siente el verdugo  
imaginan los hombres tal vez?

¡Y ellos no ven  
que yo soy de la imagen divina  
copia también!

Y cual dañina  
fiera a que arrojan un triste animal,  
que ya entre sus dientes se siente crujir,  
así a mí, instrumento del genio del mal,  
me arrojan al hombre que traen a morir.

Y ellos son justos,  
yo soy maldito sin delito  
soy criminal.  
Mirad al hombre  
que me paga una muerte; el dinero  
me echa al suelo con rostro altanero,  
¡a mí, su igual!

El tormento que quiebra los huesos,  
y del reo el histérico "¡ay!",  
y el crujir de los nervios rompidos  
bajo el golpe del hacha que cae,  
son mi placer.

Y al rumor que en las piedras rodando  
hace, al caer,  
del triste saltando  
la hirviente cabeza de sangre en un mar,  
allí entre el bullicio del pueblo feroz  
mi frente serena contempla brillar,  
tremenda, radiante, con júbilo atroz.

Que de los hombres  
en mí respira  
toda la ira,  
todo el rencor;  
que a mí pasaron  
la crueldad de sus almas impía,  
y al cumplir su venganza y la mía,  
gozo en mi horror.

Ya más alto que el grande que altivo  
con sus plantas hollara la ley  
al verdugo los pueblos miraron,  
y mecido en los hombros de un rey  
y en él se hartó,  
embriagado de gozo aquel día  
cuando expiró;  
y su alegría  
su esposa y sus hijos pudieron notar;  
que en vez de la densa tiniebla de horror,

miraron la risa su labio amargar,  
lanzando sus ojos fatal resplandor...

Que el verdugo  
con su encono  
sobre el trono  
se asentó;  
y aquel pueblo  
que tan alto le alzara bramando,  
otro rey de venganzas, temblando,  
en él miró.

En mí vive la historia del mundo  
que el destino con sangre escribió,  
y en sus páginas rojas Dios mismo  
mi figura imponente grabó.

La eternidad  
ha tragado cien siglos y ciento.

Y la maldad  
su monumento  
en mí todavía contempla existir;  
y en vario es que el hombre do brota la luz  
con viento de orgullo pretenda subir;  
¡preside el verdugo los siglos aún!

Y cada gota  
que me ensangrenta,  
del hombre ostenta  
un crimen más.

Y yo aun existo,  
fiel recuerdo de edades pasadas,  
a quien siguen cien sombras airadas  
siempre detrás.

¡Oh!, ¿por que te ha engendrado el  
verdugo

tú, hijo mío, tan puro y gentil?  
En tu boca la gracia de un ángel  
presta gracia a tu risa infantil,

¡Ay!, tu candor,  
tu inocencia, tu dulce hermosura  
me inspira horror.

¡Oh!, ¿tu ternura,  
mujer, a qué gastas con ese infeliz?  
¡Oh!, muéstrate madre piadosa con él;  
ahógale y piensa será así feliz.

¿Qué importa que el mundo te llame crüel?

¿Mi vil oficio  
querrás que siga,  
que te maldiga  
tal vez querrás?

¡Piensa que un día  
al que hoy miras jugar inocente,  
maldecido cual yo y delincuente  
también verás!

Espronceda  
**AL SOL (HIMNO)**

**EL SOL**  
HIMNO

PARA y óyeme, ¡oh sol!; yo te saludo  
y extático ante ti me atrevo a hablarte:  
Ardiente como tú mi fantasía,  
arrebatada en ansia de admirarte,  
intrépidas a ti sus alas guía.  
¡Ojalá que mi acento poderoso,  
sublime resonando  
del trueno pavoroso  
la temerosa voz sobrepujando,  
¡oh sol!, a ti llegara  
y en medio de tu curso te parara!  
¡Ah!, si la llama que ni mente alumbraba  
diera también su ardor a mis sentidos;  
al rayo vencedor que los deslumbraba  
los anhelantes ojos alzaría,  
y en tu semblante fúlgido, atrevidos,  
mirando sin cesar, los fijaría.  
¡Cuánto siempre te amé, sol refulgente!

¡Con qué sencillo anhelo,  
siendo niño inocente,  
seguirte ansiaba en el tendido cielo,  
y extático te vía  
y en contemplar tu luz me embebecía!  
De los dorados límites de Oriente  
que ciñe el rico en perlas Oceano,  
al término sombrero de Occidente,  
las orlas de tu ardiente vestidura tiendes  
en pompa, augusto soberano,  
y el Mundo bailas en tu lumbre pura,  
vívido lanzas de tu frente el día,  
y, alma y vida del Mundo,  
tu disco en paz majestuoso envía  
plácido ardor fecundo,  
y te elevas triunfante,  
corona de los orbes centelleante.

Tranquilo subes del cenit dorado  
al regio trono en la mitad del cielo,  
de vivas llamas y esplendor ornado,  
y reprimes tu vuelo:  
y desde allí tu fúlgida carrera  
rápido precipitas,  
y tu rica encendida cabellera  
en el seno del mar trémula agitas,  
y tu esplendor se oculta,  
y el ya pasado día  
con otros mil la eternidad sepulta.

¡Cuántos siglos sin fin, cuántos has visto  
en tu abismo insondable desplomarse!  
¡Cuánta pompa, grandeza y poderío  
de imperios populosos disiparse!  
¿Qué fueron ante ti? Del bosque umbrío  
secas y leves hojas desprendidas,  
que en círculos se mecen  
y al furor de Aquilón desaparecen.  
Libre tú de la cólera divina,  
viste anegarse el universo entero,

cuando las aguas por Jehová lanzadas,  
impelidas del brazo justiciero  
y a mares por los vientos despeinadas,  
bramó la tempestad: retumbó en torno  
el ronco trueno y con temblor crujieron  
los ejes de diamantes de la tierra:  
montes y campos fueron  
alborotado mar, tumba del hombre.  
Se estremeció el profundo;  
y entonces tú, como señor del mundo,  
sobre la tempestad tu trono alzabas,  
vestido de tinieblas,  
y tu faz engreías,  
y a otros mundos en paz resplandecías.

Y otra vez nuevos siglos  
viste llegar, huir, desvanecerse  
en remolino eterno, cual las olas  
llegan, se agolpan y huyen de Oceano,  
y tornan otra vez a sucederse;  
mientras, inmutable, tú, solo y radiante  
¡oh sol!, siempre te elevas  
y edades mil y mil huellas triunfante.

¿Y habrás de ser eterno, inextinguible,  
sin que nunca jamás tu inmensa hoguera  
pierda su resplandor, siempre incansable,  
audaz siguiendo tu inmortal carrera,  
hundirse las edades contemplando,  
y solo, eterno, perennial, sublime,  
monarca poderoso, dominando?  
No; que también la muerte,  
si de lejos te sigue,  
no menos anhelante te persigue.  
¡Quién sabe si tal vez pobre destello  
eres tú de otro sol que otro universo  
mayor que el nuestro  
un día con doble resplandor esclarecía!

Goza tu juventud y tu hermosura,  
¡oh sol!, que cuando el pavoroso día  
llegue que el orbe estalle y se desprenda  
de la potente mano  
del Padre soberano,  
y allá a la eternidad también descienda  
deshecho en mil pedazos, destrozado  
y en piélagos de fuego  
envuelto para siempre y sepultado,  
de cien tormentas al horrible estruendo  
en tinieblas sin fin tu llama pura  
entonces morirá: noche sombría  
cubrirá eterna la celeste cumbre:  
¡Ni aún quedará reliquia de tu lumbre!

**EL ESTUDIANTE DE SALAMANCA**  
JOSÉ DE ESPRONCEDA

**Tercera parte:** En una taberna están jugando a las cartas seis hombres apostando fuerte. Llega Don Félix, arrogante, desesperado y cínico, y empieza perdiendo. No duda en apostar, pues ya no tiene dinero, el retrato de una de sus últimas conquistas, Elvira, que ha muerto de amor. Entra embozado Don Diego de Pastrana, hermano de Elvira, que viene a desafiar a don Félix de Montemar, para vengarla.

DON DIEGO (*Desembozándose*)  
Don Félix, ¿no conocéis  
a don Diego de Pastrana?

DON FELIX:  
A vos no, mas sí a una hermana  
Que imagino que tenéis

DON DIEGO  
Y ¿no sabéis que murió?

DON FÉLIX  
Tengála Dios en su gloria.

DON DIEGO  
Pienso que sabéis su historia  
Y quien fue quien la mató.

DON FELIX (*con sarcasmo*)  
¡Quizá alguna calentura!

DON DIEGO  
¡Mentis! ¡Vos!

DON FELIX  
Calma, don Diego,  
que si os morís vos luego,  
es tanta mi desventura  
que aun me lo habrán de achacar,  
y es en vano ese despecho.  
Si se murió, a lo hecho pecho:  
ya no ha de resucitar.

DON DIEGO:  
Os estoy mirando y dudo  
si habré de manchar mi espada

con esa sangre malvada,  
o echaros al cuello un nudo  
con mis manos, y con mengua,\*  
en vez de desafiaros,  
el corazón arrancaros  
y patearos la lengua [...]   
¡Villano!

TODOS:  
¡Fuera de aquí  
a armar quimera!

DON FÉLIX (*con calma*):  
Tened,  
don Diego, la espada, y ved  
que estoy yo muy sobre mí,\*  
y que me contengo mucho:  
no sé por qué, pues, tan frío  
en mi colérico brío  
vuestras injurias escucho.

DON DIEGO:  
Salid de aquí; que a fe mía,  
que estoy resuelto a mataros,  
y no alcanzara a libraros  
la misma Virgen María [...]   
Venid conmigo.

DON FÉLIX:  
Allá voy;  
pero si os mato, don Diego,  
que no me venga otro luego  
a pedirme cuenta [...]

\**con mengua*: pérdida de respeto que entre caballeros obliga a pelearse con armas iguales.

\**sobre mí*: *que me estoy refrenando*



## Mariano José de Larra

### EL DUELO

Muy incrédulo sería preciso ser para negar que estamos en el siglo de las luces y de la más extremada civilización: el hombre ha dado ya con la verdad, y la razón más severa preside a todas las acciones y costumbres de la generación del año 1835.

Dejaremos a un lado, por no ser hoy de nuestro asunto, la perfección a que se ha llegado en punto a religión y a política, dos cosas esencialísimas en nuestra manera actual de existir y a que los pueblos dan toda la importancia que indudablemente se merecen. En el primero no tenemos preocupación ninguna, no abrigamos el más mínimo error; y cuando decimos con orgullo que el hombre es el ser más perfecto, la hechura más acabada de la creación, sólo añadimos a las verdades reconocidas otra verdad más innegable todavía. Hacemos muy bien en tener vanidad. Si hemos adelantado en política, dígalo la estabilidad que alcanzamos, la fijación de nuestras ideas y principios: no sólo sabemos ya cuál es el buen gobierno, el único bueno, el verdadero secreto para constituir y conservar una sociedad bien organizada, sino que lo sabemos establecer y lo gozamos con toda paz y tranquilidad. Acerca de sus bases estamos todos acordes, y es tan nuestra ilustración, que una vez reconocida la verdad y el interés político de la sociedad, toda guerra civil, toda discordia viene a ser imposible entre nosotros; así es que no las hay. Que hubiese guerra en los tiempos bárbaros y de atraso, en los cuales era preciso valerse hasta de la fuerza para hacer conocer al hombre cuál era el Dios a quien había de adorar, o el rey a quien había de servir... nada más natural. Ignorantes entonces los más, y poco ilustrados, no fijadas sus ideas sobre ninguna cosa, forzoso era que fuese presa de multitud de ambiciosos cuyos intereses estaban encontrados. Empero ahora, en el siglo de la ilustración, es cosa bien difícil que haya una guerra en el mundo. Así es que no las hay. Y si las hubiera, sería en defensa de derechos positivos, de intereses materiales; no de un apellido, no del nombre de un ídolo. La prueba de esto mismo es bien fácil de encontrar. Esa poca de guerra, *que empieza ahora*, en nuestras provincias, es indudablemente por derechos claros y bien entendidos: sobre todo, si alguno de los partidos contendientes pudiese ir a ciegas en la lid, e ignorar lo que defiende, no sería ciertamente el partido más ilustrado, es decir, el liberal. Este bien sabe por lo que pelea; pelea por lo que tiene, por lo que le han concedido, por lo que él ha conquistado.

En un siglo en que ya se ven las cosas tan claras, y en que ya no es fácil abusar de nadie, en el siglo de las luces, una de las cosas sobre que está más fijada la pública opinión es el honor, quisicosa que, en el *sentido que en el día le damos*, no se encuentra nombrada en ninguna lengua antigua. Hijo este *honor* de la Edad Media y de la confluencia de los godos y los árabes, se ha ido comprendiendo y perfeccionando a tal grado; a la par de la civilización, que en el día no hay una sola persona que no tenga su honor a su manera: todo el mundo tiene honor.

En los tiempos antiguos, tiempos de confusión y de barbarie, el que faltando a otro abusaba de cualquier superioridad que le daban las circunstancias o su atrevimiento, se infamaba a sí mismo, y sin hablar tanto de honor quedaba deshonorado. Ahora enteramente al revés. Si una persona baja o malintencionada le falta a usted, usted es el infamado. ¿Le dan a usted un bofetón? Todo el mundo le desprecia a usted, no al que le dio. ¿Le faltan a usted su mujer, su hija, su querida? Ya no tiene usted honor. ¿Le roban a usted? Usted, robado, queda pobre y, por consiguiente, deshonorado. El que le robó, que quedó rico, es un hombre de honor. Va en el coche de usted y es un hombre decente, caballero. Usted se quedó a pie, es usted gente ordinaria, canalla. ¡Milagros todos de la ilustración!

En la historia antigua no se ve un solo ejemplo de un duelo. Agamenón injuria a Aquiles y Aquiles se encierra en su tienda, pero no le pide ea satisfacción; Alcibíades alza el palo sobre Temístocles, y el gran Temístocles, según una expresión de nuestra moderna civilización, queda como un cobarde.

El duelo, en medio de la duración del mundo, es una invención de ayer: cerca de seis mil años ha tardado en comprender que cuando uno se porta mal con otro, le queda siempre un medio de enmendar el daño que le ha hecho, y este medio es matarle. El hombre es lento en todos sus adelantos, y si bien camina indudablemente hacia la verdad, suele tardar en encontrarla.

Pero una vez hallado el desafío, se apresuraron los reyes y los pueblos, visto que era cosa buena a erigirlo en ley, y por espacio de muchos siglos no hubo entre caballeros otra forma de enjuiciar y sentenciar que el combate. El muerto, el caído, era el culpable siempre en aquellos tiempos: la cosa no ha cambiado, por cierto. Siguiendo, empero, el curso de nuestros adelantos, se fueron, haciendo cabida los jueces en la sociedad, se levantó el edificio de los tribunales con su séquito de escribanos, notarios, autos, fiscales y abogados, que dura todavía y parece tener larga vida, y se convino en que *los juicios de Dios* (así se había llamado a los desafíos jurídicos,

merced al empeño de mezclar constantemente a Dios en nuestras pequeñeces) eran cosa mala. Los reyes entonces alzaron la voz en nombre del Altísimo y dijeron a los pueblos: “No más juicios de Dios; en lo sucesivo nosotros juzgaremos.”

Prohibidos los juicios de Dios, no tardaron en prohibirse los duelos; pero si las leyes dijeron: “No os batiréis”, los hombres dijeron: “No os obedeceremos”; y un autor de muy buen criterio asegura que las épocas de rigurosa prohibición han sido las más señaladas por el abuso del desafío. Cuando los delitos llegan a ser de cierto bulto, no hay pena que los reprima. Efectivamente, decir a un hombre: “No te harás matar, pena de muerte”, es provocarle a que se ría del legislador cara a cara; es casi tan ridículo como la pena de muerte establecida en algunos países contra el suicidio; sabia ley, que determina que se quite la vida a todo el que se mate, sin duda para su escarmiento.

Se podría hacer a propósito de esto la observación general de que sólo se han obedecido en todos tiempo las leyes que han mandado hacer a los hombres su gusto; las demás se han infringido y han acabado por caducar. El lector podrá sacar de esto alguna consecuencia importante.

Efectivamente, al prohibir los duelos en distintas épocas no se ha hecho más que lo que haría un jardinero que tirase la fruta queriendo acabarla; el árbol en pie todo los años volvería a darle nueva tarea.

Mientras el *honor* siga entronizado donde se le ha puesto; mientras la opinión pública valga algo, y mientras la ley no esté de acuerdo con la opinión pública, el duelo será una consecuencia forzosa de esta contradicción social. Mientras todo el mundo se ría del que se deje injuriar impunemente o del que acuda a un tribunal para decir: “Me. han injuriado”, será forzoso que todo agraviado elija entre la muerte y una posición ridícula en sociedad. Para todo corazón bien puesto, la duda no puede ser de larga duración: el mismo juez que con la ley en la mano sentencia a pena capital al desafiado indistintamente o al agresor, deja acaso la pluma para tener la espada en desagravio de una ofensa personal.

Por otra parte, si se prescinde de la parte de preocupación más o menos visible o sublime del pundonor, y si se considera en el duelo el mero hecho de satisfacer una cuenta personal, diré francamente que comprendo que el asesino no tenga derecho a quitar la vida a otro, por dos razones: primera, porque se la quita contra su gusto siendo suya; segunda, porque él no da nada a cambio.

Los duelos han tenido sus épocas. y su fases enteramente distintas: en un principio se batían los duelistas a muerte, a todas armas y tras ellos sus segundos: cada injuria producía entonces una escaramuza. Posteriormente se introdujo el duelo a primera sangre; el primero lo comprendo sin disculparlo: el segundo, ni lo comprendo ni lo disculpo; es de todas las ridiculeces la mayor: los padrinos o testigos han sucedido a los segundos, y su incumbencia en el día se reduce a impedir que su mala fe abuse del valor o del miedo. Al arma blanca se sustituye muchas veces por la. pistola, arma cobarde, con que nada le queda que hacer al valor sino morir; en que la destreza es infame si hay superioridad, e inútil si hay igualdad.

La libertad, empero, si no es licencia de mi imaginación, me ha llevado más lejos de lo que yo pretendía ir: al comenzar este artículo no era mi objeto explorar si las sociedades modernas entienden bien el honor, ni si esta palabra es algo; individuo de ellas y amamantado con sus preocupaciones, no seré yo quien me ponga de parte de unas leyes que la opinión pública repugna, ni menos de parte de una costumbre que la razón reprueba. Confieso que pensaré siempre en este particular como Rousseau y los más rígidos moralistas y legisladores, y obraré como el primer calavera de Madrid. ¡Triste lote del hombre el de la inconsecuencia!

Mi objeto era referir simplemente un hecho de no ha muchos meses fui testigo ocular; pero como yo no presencié, digámoslo así, más que el desenlace, mis lectores me perdonarán si tomo mi relación *ab ovo*.

Mi amigo Carlos, hijo del marqués de \*\*\*, era heredero de bienes cuantiosos, que eran en él, al revés que en el mundo, la menos apreciable de sus circunstancias. Adorado de sus padres, que habían empleado en su educación cuanto esmero es imaginable, Carlos se presentó en el mundo con talento, con instrucción, con todas esas superfluidades de primera necesidad, con una herencia capaz de asegurar la fortuna de varias familias, con una figura a propósito para hacer la de muchas mujeres, y con un carácter destinado a constituir la de todo el que de él dependiese.

Pero, desgraciadamente, la diferencia que existe entre los necios y los hombres de talento suele ser solo que los primeros dicen necedades y los segundos las hacen; mi amigo entró en sociedad, y a poco tiempo hubo de enamorarse; los hombres de imaginación necesitan mujeres muy picantes o muy sensibles, y esta especie de mujeres deben de ser mejores para ajenas que para propias. La joven Adela era sin duda alguna de las picantes: hermosa a sabiendas suyas, y con upa conciencia de su belleza acaso hartamente pronunciada, sus padres habían tratado de adornarla de todas las buenas cualidades de sociedad; la sociedad llama buenas cualidades en una mujer lo que

se llama alcance en una escopeta y tino en un cazador; es decir, que se había formado a Adela como una arma ofensiva con todas las reglas de la destrucción: en punto a la coquetería era un obra acabada y capaz de acabar con cualquiera; muy poco sensible, en realidad, podía fingir admirablemente todo ese sentimentalismo sin el cual no se alcanza en el día una sola victoria: cantaba con una languidez mortal; le miraba a usted con ojos de víctima expirante, siendo ella el verdugo; bailaba como una sílfide desmayada; hablaba con el acento del candor y de la conmoción; y de cuando en cuando un destello de talento o de gracia venía a iluminar su tétrica conversación, como un relámpago derrama una ráfaga de luz sobre una noche oscura.

¿Cómo no adorar a Adela? Era la verdad entre la mentira, el candor entre la malicia, decía mi amigo al verla en el gran mundo; era el cielo en la tierra.

Los padres no deseaban otra cosa: era un partido brillante, la boda era para entrambos una especulación; de suerte que lo que sin razón de estado no hubiera pasado de ser un amor, una calamidad, pasó a ser un matrimonio. Pero cuando el mundo exige sacrificios, los exige completos, y el de Carlos lo fue; la víctima debía ir adornada al altar. Negocio hecho: de allí a poco Carlos y Adela eran uno.

He oído decir muchas veces que suele salir de una coqueta una buena madre de familias: también suele salir de una tormenta una cosecha: yo soy de opinión que la mujer que empieza mal, acaba peor. Adela fue un ejemplo de ésta verdad: medio año hacia que se había unido con santos vínculos a Carlos; la moda exigía cierta separación, cierto abandono. ¿Cuánto no se hubiera reído el mundo de un marido atento a su mujer? Adela, por otra parte, estaba demasiado bien educada para hacer caso de su marido. ¡ La sociedad es tan divertida y los jóvenes tan amables! ¿Qué hace usted en un rigodón si le oprimen la mano? ¿Qué contesta usted si le repiten cien veces que es interesante? Si tiene usted visita todos los días, ¿cómo cierra usted sus puertas? Es forzoso abrirlas, y por lo regular de par en par.

Un joven del mejor tono fue más asiduo y mañoso, y Adela abrazó por fin las reglas del gran mundo: el joven era orgulloso, y entre el cúmulo de adoradores de camino trillado parece despreciar a Adela; con mujeres coquetas y acostumbradas a vencer, rara vez se deja de llegar a la meta por ese camino. ¡ Adela no quería faltar a su virtud..., pero Eduardo era tan orgulloso! Era preciso humillarlo: esto no era malo; era un juego; siempre se empieza jugando. Como se acaba no lo diré; pero así acabó Adela como se acaba siempre.

La mala suerte de mi amigo quiso que entre tanto marido como llega a una edad avanzada diariamente con la venda de himeneo sobre los ojos él sólo entoviese primero su destino y lo supiese después positivamente. La cosa desgraciadamente fue escandalosa, y el mundo exigía una satisfacción. Carlos hubo de dársela. Eduardo fue retado, y llamado yo como padrino, no pude menos de asistir a la satisfacción. A las cinco de la mañana estábamos los contendientes y los padrinos en la puerta de \*\*\*, de donde nos dirigimos al teatro frecuente de esta especie de luchas. Esta no era de aquellas que debían acabar con su almuerzo. Una mujer había faltado, y el *honor* exigía en reparación la muerte de dos hombres. Es incomprendible, pero es cierto.

Se eligió el terreno, se dio la señal, y los dos tiros salieron a un tiempo; de allí a poco había expirado un hombre útil a la sociedad. Carlos había caído, pero habían quedado en pie su *mujer* y su *honor*.

Un año hizo' ayer de la muerte de Carlos; su familia, sus amigos le lloran todavía. ¡He aquí el mundo!, ¡ he aquí el honor!, ¡he aquí el duelo!

## PREGUNTAS

1. ¿Es machista la descripción de la mujer? ¿Hay mujeres así? ¿Hay hombres así?
- 2 ¿Qué costumbres, prohibidas por la ley y de las que es difícil no seguir, que pueden llevar a la muerte se dan actualmente?

## LA PLANTA NUEVA, O EL FACCIOSO

### (HISTORIA NATURAL)

Razón han tenido los que han atribuido al clima influencia directa en las acciones de los hombres. Duros guerreros ha producido siempre, el Norte; tiernos amadores, el Mediodía; hombres crueles, fanáticos y y holgazanes, el Asia; héroes, la Grecia; esclavos, el África; seres alegres e imaginativos, el risueño cielo de Francia; meditados aburridos, el nebuloso Albión. Cada país tiene sus producciones particulares; he aquí por qué son famosos los melocotones de Aragón, la fresa de Aranjuez, los pimientos de Valencia y los facciosos de Roa y de Vizcaya.

Verdad es que hay en España muchos terrenos que producen ricos facciosos con maravillosa fecundidad; país hay que da, en un solo año dos, o tres cosechas; puntos conocemos donde basta dar una patada en el suelo, y a un volver de cabeza nace un faccioso Nada debe admirar, por otra parte, esta raya fertilidad si se tiene presente que el faccioso es fruto que se cría sin cultivo, que nace solo y silvestre entre matorrales, y que así se aclimata en los llanos como en los altos: que se trasplanta con facilidad y que es tanto más robusto y rozagante cuanto más lejos está de población: Esto no es decir que no sea también en ocasiones planta doméstica; en muchas casas los he visto, y los vemos diariamente, como los tiestos en los balcones, y aun sirven de dar olor fuerte y cabezudo en cafés y paseos. El hecho es que en todas partes se crían; sólo el orden, y el esmero perjudican mucho a la cría del faccioso, y la limpieza, y el olor de la pólvora sobre todo, le matan.

El faccioso participa de las propiedades de muchas plantas; huye, por ejemplo, como la sensitiva al irle a echar mano; se encierra y esconde como la capuchina a la luz del sol, y se desparrama de noche; carcome y destruye como la ingrata hiedra el árbol a que se arrima; tiende sus brazos como toda planta parásita para buscar puntos de apoyo; gústanle, sobre todo, las tapias de los conventos, y se mantiene, como esos frutos, de lo que coge a los demás; produce lluvia de sangre, como el polvo germinante de muchas plantas, cuando lo mezclan las auras a una leve lluvia de otoño; tiene el olor de la asafétida, y es vano como la caña; nace, como el cedro, en la tempestad, y suele criarse escondido en la tierra como la patata; pelecha eh las ruinas como el jaramago; pica como la cebolla y tiene más dientes que el ajo, pero sin tener cabeza; cría, en fin, mucho pelo, como el coco, cuyas veces hace en ocasiones.

Es planta peculiar de España, y eso moderna, que en lo antiguo o se conocía poco o no se conocía por ese nombre y la Verdad es que no habla de ella Estrabón, ni Aristóteles, ni Dioscórides, ni Plinio el joven, ni ningún geógrafo, filósofo ni naturalista, en fin, de algunos siglos de fecha.

En cuanto a su figura y organización, el faccioso es en el reino vegetal la línea divisoria con el animal, y así doto la mona es en éste el ser que más se parece al hombre, así el faccioso en aquél es la producción que más se parece a la persona; en una palabra, es al hombre y a la planta lo que el murciélago al ave y al bruto; no siendo, pues, muy experto cualquiera lo confunde; pondré un ejemplo: cuando el viento pasa por entre las cañas, silba; pues cuando pasa por entre facciosos, habla; he aquí el origen del órgano de la voz entre aquella especie. El faccioso echa también a manera de ramas dos piernas y dos brazos, uno a cada lado, que tienen sus manojos de dedos, como púas una espiga; presenta faz y rostro, y al verle, cualquiera diría que tiene ojos en la cara, pero sería grave error; distínguese esencialmente de los demás seres en estar dotado de sinrazón.

Admirable es la naturaleza y sabia en todas sus cosas: el que recuerde esta verdad y considere las diversas calidades del hombre que andan repartidas en los demás seres, no extrañará cuanto de otras propiedades del faccioso maravillosas vamos a decir. ¿Hay nada más singular que la existencia de un enjambre de abejas, la república de un hormiguero, la sociedad de los castores? ¿No parece que hay inteligencia en la africana palma, que ha de vivir precisamente en la inmediatez de su macho, y que, arrancado éste, y viuda ella, dobla su alta cerviz, se marchita y perece como pudiera una amante tórtola? Por eso no se puede decir que el faccioso tenga inteligencia, sólo porque se le vean hacer cosas que parezcan indicarlo; lo más que se puede deducir es que es sabia, admirable, incomprendible la Naturaleza.

Los facciosos, por ejemplo, sin embargo de su gusto, por el despoblado, júntanse, como los lobos, en tropas, por instinto de conservación, se agarran con todas sus ramas al perdido caminante o al descarriado caballo; le chupan el jugo y absorben su sangre, que es su verdadero riego, como las demás plantas el rocío. Otra cosa más particular. Es planta enemiga nata de la correspondencia pública; dondequiera que aparece un correo, nacen en el acto, de las mismas piedras, facciosos por todas partes; rodéanle, enrédanle sus ramas entre las piernas, súbensele por el cuerpo como la serpentaria, y le ahogan; si no suelta valija, muere como Laomedonte, sin, poderse rebullir; si ha lugar a soltarla, sálvese acaso. Diránme ahora: ¿y para qué quieren la valija, si no saben leer? Ahí verán ustedes, respondo yo, si es incomprendible la Naturaleza; toda la explicación que puedo dar es que se vuelven siempre a la valija como el heliotropo al sol.

Notan también graves naturalistas de peso y autoridad en la materia, que así como el feo pulpo gusta de agarrarse a la hermosa pierna de una mujer, y así como esas desagradables florecillas, llenas de púas y en forma de erizos, que llamamos comúnmente amores, suelen agarrarse a la ropa, así los facciosos, sobre todo los más talludos y los vástagos principales, se agarran a las cajas de fondos de las administraciones; y plata que tiene roce como facciosos pierde toda su virtud porque desaparece. ¡Rara afinidad química! Así que, en tiempos revueltos, suélese ver una violenta ráfaga de aire que da con un gran manojito de facciosos, arrancados de su tierra natural, en algún pueblo, el cual dejan exhausto, desolado, y lleno de pavor y espanto. Meten por las calles un ruido furioso, a

manera de proclama, y es niñería querer desembarazarse de ellos, teniendo dinero, sin dejárselo; bien así como fuera locura querer salir de un zarzal una persona vestida de seda, sino desnuda y arañada.

Muchas de las calidades de esta estrambótica planta pasamos en silencio, que pueden fácilmente de las ya dichas inferirse, como son las de albergarse en tiempo pacíficos entre plantas mejores, como la cizaña entre los trigos, y pasar por buenas, y tomar sus jugos de donde aquéllas los toman, y otras.

Planta es, pues, perjudicial, y aún perjudicialísima, el faccioso; pero también la Naturaleza, sabia en esto como en todo, que al criar los venenos crió de paso los antidotos, dispuso que se supiesen remedios especiales a los cuales no hay mata de facciosos que resista. Gran vigilancia sobre todo, y dondequiera que se vea descollar uno tamaño como un cardillo, arrancarle: hacer ahumadas de pólvora en los puntos de Castilla que, como Roa y otros, los producen tan exquisitos, es providencia especial: no se ha probado a quemarlos como, los rastrojos, y aunque este remedio es más bien contra brujas, podría no ser inoportuno, y aun tengo para mi que había de ser más eficaz contra aquéllos que contra éstas. El promover un verdadero amor al país en todos sus habitantes, abriéndoles los ojos para que vean a los facciosos claros como son y los distingan, sería el mejor antidoto; pero esto es más largo y para más adelante, y ya no sirve para lo pasado. Por lo demás, podemos concluir que ningún cuidado puede dar a un labrador bienintencionado la acumulación del faccioso, pues es cosa muy experimentada que en el último apuro la planta es también de invierno; como si dijéramos de cuelga; y es evidente y sabido que una vez colgado este pernicioso arbusto y altamente separado de tierra natal que le presta el jugo, pierde, como todas las plantas su virtud, es decir, su malignidad. Tiene de malo este último remedio que para proceder a él es necesario colgarlos uno a uno, y es operación larga. Somos enemigos, además, de los arbitrios desesperados, y así, en nuestro entender, de todos medios contra facciosos, parécenos el mejor el de la pólvora, y más eficaz aún la aplicación de luces que los agostan, y ante las cuales perecen corridos y deslumbrados.

### EL SIGLO EN BLANCO

No sé qué profeta ha dicho que el gran talento no consiste precisamente en saber lo que se ha de decir, sino en saber lo que se ha de callar; porque en esto de profetas no soy muy fuerte, según la expresión de aquel que miraba detenidamente al Neptuno de la fuente del Prado, y añadía de buena fe, enseñádoselo a un amigo suyo:

—Aquí tiene usted a Jonás, conforme salió del vientre de la ballena.

—¿Hombre, a Jonás?—le replicó el amigo—. Si éste es Neptuno...

—O Neptuno, como usted quiera—replicó el cicerone—, que en esto de profetas no soy muy fuerte.

El hecho es que la cosa se ha dicho, y haya sido padre de la Iglesia, filósofo o dios del paganismo, no es menos cierta ni verosímil, ni más digna tampoco de ser averiguada en tiempos en que dice cada cual sus cosas y las ajenas como y cuando puede.

Platón, que era hombre que sabía dónde le apretaba el zapato, si bien no los gastaba, y que sabía asimismo cuánto tenía adelantado para hablar el que no ha hablado nada todavía, había adoptado por sistema enseñar a sus discípulos a callar antes de pasar a enseñarles materias más hondas, y en esa enseñanza invertía cinco años, lo cual prueba evidentemente dos cosas: primera, que Platón estaba, como nuestras Universidades, por los estudios largos; segunda, que no es cosa tan fácil como parece enseñar a callar al hombre; el cual nació para hablar, según han creído erróneamente algunos autores mal informados, dejándose deslumbrar, sin duda, por las apariencias de verosimilitud que le da a esta opinión el don de la palabra, que nos diferencia tan funestamente de los más seres, que crió de suyo callados y taciturnos la sabia Naturaleza.

De cuanto se pueda callar en cinco años podráse formar una idea aproximada con sólo repasar por la memoria cuanto hemos callado nosotros, mis lectores y yo, en diez años, esto es, en dos cursos completos de Platón, que hemos hecho pacíficamente desde el año 23 hasta el 33, inclusive, de feliz recuerdo, en los cuales nos sucedía precisamente lo mismo que en la cátedra de Platón, a saber, que sólo hablaba el maestro, y eso para enseñar a callar a los demás, y perdónenos el filósofo griego la comparación. Esto con respecto a dar una idea de lo mucho que se puede callar en cinco o en diez años; ahora bien, con respecto a lo que se puede callar en un solo día, basta para formar una idea leer, si es posible, *El Siglo*, periódico que no se ofenderá si aseguramos de él que trae cosas que no están escritas; periódico enteramente platónico, pero que no puede haber sacado tanto provecho como honra de su ciencia en el callar.

Confesemos, sin embargo, que lo que hay que leer es un artículo que no está escrito. Leer palabras y más palabras lo hace cualquiera, y toda la dificultad, si puede cifrarse en alguna cosa, se cifra evidentemente en leer un papel blanco.

Un artículo en blanco es susceptible de las interpretaciones más favorables; un artículo en blanco es un artículo en el sentido de todos los partidos: es cera blanda, a la cual puede darse a voluntad la forma más adaptada al gusto de cada uno. Un artículo en blanco es, además, picante, porque excita la curiosidad hasta un punto difícil de pintar. ¿Qué dirá? ¿Qué no dirá? En un mundo como este, de ilusión y fantasmagoría, donde no se goza sino en cuanto se espera, es indudable que el hacer esperar es hacer gozar. Las cosas, una vez tocadas y poseídas, pierden su mérito; desvanécese el prestigio, rómpese el velo con que nuestra imaginación las embellecía, y exclama el hombre desengañado: *¿Es esto lo que anhelaba?* Este sistema de hacer gozar haciendo esperar, del cual pudiéramos citar en el día algún sectario famoso, es evidente, y por el nunca podrá entrar en competencia con un artículo en blanco un artículo en negro. Este ya sabemos lo que puede querer decir, aunque no sea más que haciendo deducciones del color.

De esta facilidad con que puede leerse un artículo en blanco se deduce un principio que, desgraciadamente, ha sido fin para *El Siglo*; a saber, que se pueden comparar con las cosas escritas con tinta simpática, y con esas pantallas elegantes que toman, más o menos color, según se acercan más o menos a la lumbre; leídos en un gabinete ministerial, naturalmente resguardado de esta intemperie, y en que suele estar alto el termómetro, toman un colorcito subido, que ofende a la vista, y leídos al aire libre, se revisten de una tinta suave, que da gozo a la multitud. Pero siempre hacen fortuna, porque en el primer caso, y cuando dan con un lector amigo del silencio, suelen dar por gusto al periodista, y en tal caso se da un privilegio exclusivo el autor de un artículo en blanco para que puedan también quedar en blanco los números sucesivos.

Bien conocerá el lector, aun sin haber leído *El Siglo*; como probablemente no lo habrá leído, por aficionado que sea a leer, que no es mi intención defender ni incriminar los artículos en blanco, ni mucho menos a los gobiernos, que temo a Dios gracias.

Es únicamente mi objeto apuntar unas cuantas ideas acerca de la teoría de los artículos en blanco, género nuevo en nuestro país, y para el cual debió decir Malherbe aquellos versos:

*Et rose elle a vécu ce que vivent les roses,  
L'espace de un matin.*

*Quod scripsi scripsi*, dijo un antiguo y famoso magistrado. He aquí otra de las ventajas de un artículo en blanco; y si hay quien culpe todavía de poco carácter a *La Revista*, desafiamos por esta vez á *El Siglo* a que tenga más que nosotros. No dirá por esta vez *quod scripsi, scripsi*. En tiempo en que es tan de primera necesidad no contradecirse nunca, he aquí otra ventaja de los escritores en blanco. Ni se crea que es fácil tampoco sobresalir en este género; yo confieso, en verdad, que si es cierto aquello de que *principio quieren las cosas*, al ponerme a escribir un artículo en blanco no sabría por dónde empezar, y en cuanto a lo de prohibirlos, confieso que me había de ver más apurado todavía.

*“El Siglo” es más grande que los hombres*; he aquí una verdad que ha echado por tierra el tiempo. Nosotros, en realidad, al condolernos sinceramente de la suerte de nuestro colega, inferimos: o es el siglo más chico de lo que habíamos pensado, o no es este siglo que alcanzamos el que habíamos menester.

Inferimos que no está bastante ilustrado el país para leer artículos en blanco, y que es más acertado meter las cosas con cuchara, como lo entiende *El Boletín*; adoptamos el agujero que nos ofrece nuestro silencioso cofrade. A catorce *Siglos* nos ha dejado este periódico, es decir, en la Edad Media; confesemos francamente que no podemos pasar de aquí, y quedémonos en blanco enhorabuena. Muchos son, efectivamente, los puntos que ha dejado en blanco nuestro buen *Siglo* en punto a amnistía, en punto a política interior, en punto a honor y patriotismo de no sé qué hazaña, y en punto, en fin, a cortes; pero más creemos que hubieran sido aún los puntos en blanco si, conforme era el 14 el siglo, hubiera sido el 19. Y, por último, deducimos de todo lo dicho y de la muerte que alcanza nuestro buen *Siglo*, a pesar de toda su ilustración y grandeza, que el siglo es chico como son los hombres. y que en tiempos como estos los hombres prudentes no deben hablar, ni mucho menos callar.

## NOCHEBUENA DE 1836

### YO Y MI CRIADO <sup>1</sup>

#### DELIRIO FILOSÓFICO

El número 24 me es fatal; si tuviera que probarlo diría que en día 24 nací. Doce veces al año amanece, sin embargo, día 24; soy supersticioso, porque el corazón del hombre necesita creer algo, y cree mentiras cuando no encuentra verdades que creer; sin duda, por esa razón creen los amantes, los casados y los pueblos a sus ídolos, a sus consortes y a sus gobiernos; y una de mis supersticiones consiste en creer que no puede haber para mí un día 24 bueno. El día 23 es siempre en mi calendario víspera de desgracia, y a imitación de aquel jefe de policía ruso que mandaba tener prontas las bombas las vísperas de incendios, así yo desde el 23 me prevengo para el siguiente día de sufrimiento y de resignación, y en dando las doce ni tomo vaso en mi mano por no romperlo, ni apunto carta por no perderla, ni enamoro a mujer porque no me diga que sí, pues en punto a amores tengo otra superstición: imagino que la mayor desgracia que a un hombre le puede suceder es que una mujer le diga que le quiere. Si no la cree, es un tormento; y si la cree..... Bienaventurado aquel a quien la mujer dice *no quiero*, porque ése a lo menos oye la verdad!

El último día 23 del año 1836 acababa de expirar en la muestra de mi péndola, . y consecuente en mis principios supersticiosos, ya estaba yo agachado esperando el aguacero y sin poder conciliar el sueño. Así pasé las horas de la noche, más largas para el triste desvelado que una guerra civil; hasta que por fin la mañana vino con paso de intervención, es decir, lentísimamente, a teñir de púrpura y rosa las cortinas de mi estancia.

El día anterior había sido hermoso, y no sé por qué me daba el corazón que el día 24 había de ser *día de agua*. Fue peor todavía: amaneció nevando. Miré el termómetro, y marcaba muchos grados bajo cero, como el crédito del Estado.

Resuelto a no moverme porque tuviera que hacerlo todo la suerte este mes, incliné la frente, cargada, como el cielo, de nubes frías; apoyé los codos en mi mesa y paré tal que cualquiera me hubiera reconocido por escritor público, en tiempo de libertad de imprenta o me hubiera tenido por miliciano nacional citado para un ejercicio. Ora vagaba mi vista sobre la multitud de artículos y folletos que yacen empezados y no acabados ha más de seis meses sobre mi mesa y de que sólo existen los títulos, como esos nichos preparados en los cementerios que no aguardan más que el cadáver; comparación exacta, porque en cada artículo entierro una esperanza o una ilusión. Ora volvía los ojos a los cristales de mi balcón; veíalos empañados y como llorosos por dentro: los vapores condensados se deslizaban a manera de lagrimas a lo largo del diáfano cristal; así se empaña la vida, así el frío exterior del mundo condensa penas en el interior del hombre, así caen gota a gota las lágrimas sobre el corazón. Los que ven de fuera los cristales, los ven tersos y brillantes ; los que ven sólo los rostros, los ven alegres y serenos.....

Haré merced a mis lectores de las más de mis meditaciones; no hay periódicos bastantes en Madrid, acaso no hay lectores bastantes tampoco. Dichoso el que tiene oficina, dichoso el empleado aun sin sueldo o sin cobrarlo, que es lo mismo; al menos no está obligado a pensar, puede fumar, puede leer la Gaceta.

“¡ Las cuatro! ¡ La comida!” me dijo una voz de criado, uña voz de entonación servil y sumisa; en el hombre que sirve, hasta la voz parece pedir permiso para sonar. Esta palabra me sacó de mii estupor, e involuntariamente iba a exclamar como Don Quijote: “Come, Sancho hijo, come, tú que no eres caballero andante y que naciste para comer”; porque al fin los filósofos, es decir, los desgraciados, podemos no comer, pero los criados de los filósofos... Una idea más luminosa me ocurrió: era día de Navidad. Me acordé de que en sus famosas saturnales los romanos trocaban los papeles y que los esclavos podían decir la verdad a sus amos. Costumbre humilde, digna del cristianismo. Miré a mi criado y dije para mí: “Esta noche me dirás la verdad.” Saqué de mi gaván unas monedas; tenían el busto de los monarcas de España, cualquiera diría que son retratos; sin embargo, eran artículos de periódico. Las miré con orgullo: “Come y bebe de mis artículos —añadí— con desprecio—; sólo en esa forma, sólo por medio de esa estratagema, se pueden meter los artículos en el cuerpo de ciertas gentes.” Una risa estúpida se dibujó en la fisonomía de aquel ser que los naturalistas han tenido la bondad de llamar racional sólo porque lo han visto hombre. Mi criado se rió. Era aquella risa el demonio de la gula, que reconocía su campo.

Tercié la capa, calé el sombrero y en la calle.

---

<sup>1</sup> Por esta vez sacrifico la urbanidad a la verdad. Francamente, creo que valgo más que mi criado si así no fuese le serviría yo a él. En esto soy al revés del divino orador, que dice: *Cuadra y yo*.

¿Qué es un aniversario? Acaso un error de fecha. Si no se hubiera compartido el año en trescientos sesenta y cinco días. ¿qué sería de nuestro aniversario? Pera al pueblo le han dicho: “Hoy es un aniversario”, y el pueblo ha respondido:

«Pues si es un aniversario, comamos, y comamos doble.» ¿Por qué come hoy más que ayer? O ayer pasó hambre u hoy pasará indigestión. Miserable humanidad, destinada siempre a quedarse más acá o ir más allá.

Hace mil ochocientos treinta y seis años nació el Redentor del mundo; nació el que no reconoce principio, y el que no reconoce fin; nació para morir. Sublime misterio.

¿Hay misterio que celebrar? “Pues comamos”, dice el hombre; no dice: “Reflexionemos.” El vientre es el encargado de cumplir con las grandes solemnidades. El hombre tiene que recurrir a la materia para pagar las deudas del espíritu. ¡ Argumento terrible en favor del alma!

Para ir desde mi casa al teatro es preciso pasar por la plaza tan indispensablemente como es preciso pasar por el dolor para ir desde la cuna al sepulcro. Montones de comestibles acumulados, risa y algazara, compra y venta, sobras por todas partes, y alegría. No pudo menos de ocurrirme la idea de Bilbao: figuróseme ver de pronto que se alzaba por entre las montañas de víveres una frente altísima y extenuada: una mano seca y roída llevaba a una boca cárdena, y negra de morder cartuchos, un manojo de laurel sangriento. Y aquella boca no hablaba: Pero el rostro entero se dirigía a los bulliciosos liberales de Madrid, que traficaban. Era horrible el contraste de la fisonomía escuálida y de los rostros alegres. Era la reconvencción y la culpa, aquella agria y severa, ésta indiferente y descarada.

Todos aquellos víveres han sido aquí traídos de distintas provincias para la colación cristiana de una capital. En una cena de ayuno se come una ciudad a las demás.

¡Las cinco! Hora del teatro; el telón se levanta a la vista de un pueblo palpitante y bullicioso. Dos comedias de circunstancias, o yo estoy loco. Una representación en que los hombres son mujeres y las mujeres hombres. He aquí nuestra época y nuestras costumbres. Los hombres ya no saben sino hablar como las mujeres, en congresos y en corrillos. Y las mujeres son hombres, ellas son las únicas, que conquistan. Segunda comedia: un novio que no ve el logro de su esperanza; ese novio es el pueblo español; no se casa con un solo gobierno con quien no tenga que reñir al día siguiente. Es el matrimonio repetido al infinito.

Pero las orgías llaman a los ciudadanos. Ciérranse las puertas, ábranse las cocinas. Dos horas, tres horas, y yo rondo de calle en calle a merced de mi pensamiento. La luz que ilumina los banquetes viene a herir mis ojos por las rendijas de los balcones; el ruido de los panderos y de la bacanal que estremece los pisos y las vidrieras se abre paso hasta mis sentidos, y entra en ellos como cuña a mano, rompiendo y desbaratando.

Las doce ven a dar: las campanas que ha dejado la junta de enajenación en el aire, y que en estar todavía en el aire se parecen a todas nuestras cosas, citan a los cristianos al oficio divino. ¿Qué es esto? ¿ Va a expirar el 24, y no me ha ocurrido en él más contratiempo que mi mal humor de todos los días? Pero mi criado me espera en mi casa; como espera la cuba al catador, llena de vino; mis artículos hechos moneda, mi moneda hecha mosto se ha apoderado del imbécil como imaginé, y el asturiano ya no es hombre; es todo verdad.

Mi criado tiene de mesa lo cuadrado y el estar en talla al alcance de la mano.. Por tanto, es un mueble cómodo; su color es el que indica la ausencia completa de aquello con que se piensa, es decir; que es bueno; las manos se confundirían con los pies, si no fuera por los zapatos y porque anda, casualmente sobre los últimos; a imitación de la mayor parte de los hombres, tiene orejas que están a uno y otro lado de la cabeza como los floreros en una consola, de adorno, o como los balcones figurados, por donde no entra ni sale nada; también tiene dos ojos en la cara; él cree ver con ellos; ¡qué chasco se lleva! A pesar de esta pintura, todavía sería difícil reconocerle entre la multitud, porque al fin no es sino un ejemplar de la grande edición hecha por la Providencia de la humanidad y que yo comparo de buena gana con las que suelen hacer los autores: algunos ejemplares de regalo finos y bien empastados; el surtido todo igual, ordinario y a la rústica.

Mi criado pertenece al surtido. Pero la Providencia, que se vale para humillar a los soberbios de los instrumentos más humildes, me reservaba en él mi mal rato del día 24. La verdad me esperaba en él, y era preciso oírla de sus labios impuros. La verdad es como el agua filtrada, que no llega a los labios sino al través del cieno. Me abrió mi criado, no tardé en reconocer su estado.

— Aparta, imbécil — exclamé empujando suavemente aquel cuerpo sin alma, que en uno de sus columpios se venía sobre mí—. ¡Oiga! Está ebrio. ¡ Pobre muchacho! ¡Da lástima!

Me entré de rondón a mi estancia; pero él cuerpo me siguió con un rumor sordo e interrumpido; una vez dentro los dos, su aliento desigual y sus movimientos violentos apagaron la luz; una bocanada de aire colada por la puerta al abrirme cerró la de mi habitación, y quedamos dentro casi a oscuras yo y mi criado, es decir, la verdad y



*Fígaro*; aquélla en figura de hombre beodo arrimado a los pies de mi cama para no vacilar, yo a su cabecera buscando inútilmente un fósforo que nos iluminase.

Dos ojos brillaban como dos llamas fatídicas enfrente de mí: no sé por qué misterio mi criado encontró entonces, y de repente, voz y palabras, y habló y racionó: misterios más raros se han visto acreditados: los fabulistas hacen hablar a los animales, ¿por qué no he de hacer yo hablar a mi criado? Oradores conozco yo de quienes hace algún tiempo no hubiera hecho una pintura más favorable que de mi astur, y que han roto; sin embargo, a hablar, y los oye el mundo y los escucha y nadie sé admira.

En fin, yo cuento un hecho tal me ha pasado; no escribo para los que dudan de mi veracidad; el que no quiera creerme puede doblar la hoja: eso se ahorrará tal vez de fastidio; pero una voz salió de mi criado, y entre ella y la mía se estableció el siguiente diálogo:

--- Lástima — dijo la voz repitiendo mi piadosa exclamación—, ¿Y por qué me has de tener lástima, escritor? Yo a ti, ya lo entiendo.

— ¿Tú a mí?— pregunté sobrecogido ya por un terror supersticioso; y es que la voz empezaba a decir verdad.

— Escucha: tú vienes triste como de costumbre; yo estoy más alegre que suelo. ¿Por qué ese color pálido, ese rostro deshecho, esas hondas y verdes ojeras que ilumino con mi luz al abrirtte todas las noches? ¿Por qué esa distracción constante y esas palabras vagas e interrumpidas de que sorprende todos los días fragmentos errantes sobre tus labios? ¿Por qué te vuelves y te revuelves en tu mullido lecho como un criminal, acostado con su remordimiento, en tanto yo ronco sobre mi tosca tarima?. ¿Quién debe tener lástima a quién? No pareces criminal la justicia no te prende l menos; verdad es que la justicia no prende sino a los pequeños criminales, a los que roban con ganzúas o a los que matan con puñal; pero a los que arrebatan el sosiego de una familia seduciendo a la mujer casada o la hija honesta, a los que roban con los naipes en mano, a los que matan una existencia con una palabra dicha al oído, con una carta cerrada, a esos ni los llama la sociedad criminales, ni la justicia los prende, porque la víctima no arroja sangre, ni manifiesta herida, sino que agoniza lentamente, consumida por el veneno de la pasión, que su verdugo le ha propinado. ¡Qué de tísicos han muerto asesinados por una infiel, por un ingrato, por un calumniador! Los entierran; dicen que la cura no ha alcanzado y que los médicos no la entendieron. Pero la puñalada hipócrita alcanzó e hirió el corazón. Tú acaso eres de esos criminales y hay un acusador dentro de ti, y ese frac elegante, y esa media de seda, y ese chaleco de tisú de oro que yo te he visto, son tus armas maldecidas.

— Silencio, hombre borracho.

— No; has de oír al vino una vez que habla. Acaso ese oro que a fuer de elegante has ganado eh tu sarao, y que vuelcas con indiferencia sobre tu tocador, es el precio del honor de una familia. Acaso ese billete que desdoblas es un anónimo embustero que va a separar de ti para siempre la mujer que adorabas; acaso es una prueba de la ingratitud de ella o de su perfidia. Más de uno te he visto morder y despedazar con tus uñas y tus dientes en los momentos en que el buen tono cede el paso a la pasión y a la sociedad. Tú buscas la felicidad en el corazón humano, y para eso lo destrozras, hozando en él como quien remueve la tierra en busca de un tesoro. Yo nada busco, y el desengaño no me espera a la vuelta de la esperanza. Tú eres literato y escritor: y ¡qué tormenta no te hace pasar tu amor propio, ajado diariamente por la indiferencia de unos, por la envidia de otros, por el rencor de muchos! Preciado de gracioso, harías reír a costa de un amigo, si amigos hubiera, y no quieres tener remordimiento. Hombre de partido, haces la guerra a otro partido; o cada vencimiento es una humillación, o compras la victoria demasiado cara para gozar de ella. Ofendes y no quieres tener enemigos. ¿A mí quién me calumnia?, ¿quién me conoce? Tú me pagas un salario bastante a cubrir mis necesidades; a ti te paga el mundo como paga a tos demás que le sirven. Te llamas liberal y despreocupado, y el día que te apoderes del látigo azotarás como te han azotado. Los hombres de mundo os llamáis hombres de honor y de carácter, y a cada suceso nuevo cambiáis de opinión, apostatáis de vuestros principios. Despedazado siempre por la sed de gloria, inconsecuencia rara, despreciarás acaso a aquellos para quienes escribes y reclamas con el incensario en la mano su adulación: adulas a tus lectores para ser de ellos adulado, y eres también despedazado por el temor, y no sabes si mañana irás a coger tus laureles a las Baleares o a un calabozo.

—¡Basta, basta!

— Concluyo: yo, en fin, no tengo necesidades; tú, a pesar de tus riquezas, acaso tendrás que someterte mañana a un usurero para un capricho innecesario, porque vosotros tragáis oro, o para un banquete de vanidad en que cada bocado es un tósigo. Tú lees día y noche buscando la verdad en los libros hoja por hoja, y sufres de no encontrarla ni escrita. Ente ridículo, bailas sin alegría; tu movimiento turbulento es el movimiento de la llama, que,

sin gozar ella, quema. Cuando yo necesito de mujeres, echo mano de mi salario, y las encuentro, fieles por más de un cuarto de hora; tú echas mano de tu corazón, y vas, y lo arrojas a los pies de la primera que pasa, y no quieres que lo pise y lo lastime, y le entregas ese depósito sin conocerla. Confías tu tesoro a cualquiera por su linda cara, y crees porque quieres; y si mañana tu tesoro desaparece, llamas ladrón al depositario, debiendo llamarte imprudente y necio a ti mismo.

— Por piedad, déjame, voz del infierno.

--- Concluyo: inventas palabras y haces de ellas sentimientos, ciencias, artes, objetos de existencia. ¡Política, gloria, saber, poder, riqueza, amistad, amor! Y cuando descubres que son palabras, blasfemas y maldices. En tanto, el pobre asturiano come, bebe y duerme, y nadie le engaña, y, si no es feliz, no es desgraciado, no es al menos hombre de mundo, ni ambicioso, ni elegante, ni literato, ni enamorado. Ten lástima ahora al pobre asturiano. Tú me mandas, pero no te mandas a ti mismo. Tenme lástima, literato. Yo estoy ebrio de vino, es verdad; ¡pero tú lo estás de deseos y de impotencia!...

Un ronco sonido terminó el diálogo; el cuerpo, cansado del esfuerzo, había caído al suelo; el órgano de la Providencia había callado, y el asturiano roncaba. “¡Ahora te conozco —exclamé—, día 24!”

Una lágrima, preñada de horror y desesperación surcaba mi mejilla, ajada ya por el dolor. A la mañana, amo y alado yacían, aquél en el lecho, éste en el suelo. El primero tenía todavía abiertos los ojos y los clavaba con delirio y con delicia en una caja amarilla, donde se leía *mañana*. ¿Llegará ese mañana fatídico? ¿Qué encerraba la caja? En tanto, la *Nochebuena* era pasada, y el mundo todo, a mis barbas, cuando hablaba de ella, la seguía llamando *Nochebuena*.

## RUBEN DARÍO

Ama tu ritmo y ritma tus acciones  
bajo su ley, así como tus versos;  
eres un universo de universos,  
y tu alma una fuente de canciones.

La celeste unidad que presupones,  
hará brotar en ti mundos diversos;  
y al resonar tus números dispersos  
pitagoriza en tus constelaciones.

Escucha la retórica divina  
del pájaro del aire y la nocturna  
irradiación geométrica adivina;

Mata la indiferencia taciturna,  
y engarza perla y perla cristalina  
en donde la verdad vuelca su urna.

### METEMPSICOSIS

Yo fui soldado que durmió en el lecho  
de Cleopatra la reina. Su blancura  
y su mirada astral y omnipotente.  
Eso fue todo.

!Oh, mirada! !oh blancura! y ¡oh aquel  
lecho  
en que estaba radiante la blancura!  
!Oh, la rosa marmórea omnipotente!  
Eso fue todo.

Y crujió su espinazo por mi brazo;  
y yo, liberto, hice olvidar a Antonio  
(!oh, el lecho y la mirada y la blancura!)  
Eso fue todo.

Yo, Rufo Galo, fui soldado, y sangre  
de Galia, y la imperial becerra  
me dio un minuto audaz de su capricho.  
Eso fue todo

¿Por qué en aquel espasmo las tenazas  
de mis dedos de bronce no apretaron  
el cuello de la blanca reina en broma?  
Eso fue todo.

Yo fui llevado a Egipto. La cadena  
tuve al pescuezo. Fui comido un día por  
los perros.  
Mi nombre, Rufo Galo.  
Eso fue todo.

¡Qué bonitos  
los versitos!...  
—me decía  
Don Julián —.

Y aquella frase tenía  
del diente del can hidrófobo,  
del garfio el alacrán.

### CHIRIPA

Casi casi me quisiste;  
casi casi te he querido:  
si no es por el casi casi,  
casi me caso contigo.

Joven, acérquese acá.  
¿Estima usted su pellejo?  
Pues escúcheme un consejo,  
que me lo agradecerá:

Arroje esa timidez  
al cajón de la ropa sucia,  
y por un poco de argucia  
dé toda su honradez.

Salude a cualquier pelmazo  
de valer, y al saludar,  
acostúmbrese a doblar  
con frecuencia el espinazo.

Diga usted sin ton ni son,  
y mil veces, si es preciso,  
al feo, que es un Narciso ,  
y al zopenco, un Salomón;

que el que tenga el juicio leso  
o sea mal encarado,  
téngalo usted de contado  
que no se enoja por eso.

Al torpe déjele hablar,  
sus torpezas disimule,  
y adule, adule y adule  
sin cansarse de adular.

Como algo no le acomode,

chitón y tragar saliva;  
y en el pantano en que viva,  
arrástrese, aunque se enlode.

Y con el jefe al que baje,  
y con que al que suba inciense,  
el día que menos piense  
será usted un personaje.

### “TANT MIEUX”

Gloria al laboratorio de Canidia,  
gloria al sapo y la araña y su veneno,  
gloria al duro guijarro, gloria al cieno,  
gloria al áspero errar, gloria a la insidia.

Gloria a la cucaracha que fastidia,  
gloria al diente del can de rabia lleno  
gloria al parche vulgar que imita al trueno  
gloria al odio bestial, gloria a la envidia.

Gloria a las ictericias devorantes  
que sufre el odiador; gloria a la escoria  
que padece la luz de los diamantes,

pues toda esa miseria transitoria  
hace afirmar el peso a los Atlantes  
cargados con el orbe de su gloria

### VESPERAL

Ha pasado la siesta  
y la hora del Poniente se avecina,  
y hay ya frescor en esta  
costa que el sol del Trópico calcina.  
Hay un suave alentar de aura marina  
y el Occidente finge una floresta  
que una llama de púrpura ilumina.

Sobre la arena dejan los cangrejos  
la ilegible escritura de sus huellas.  
Conchas color de rosa y de reflejos  
áureos, caracolillos y fragmentos de  
estrellas  
de mar forman alfombra  
sonante al paso, en la armoniosa orilla.

Y cuando Venus brilla,  
dulce, imperial amor de la divina tarde,  
creo que en la onda suena  
o son de lira o canto de sirena.  
Y en mi alma otro lucero, como el de  
Venus, arde...

## LA REGENTA - LEOPOLDO ALAS CLARÍN

**1. LAS AMBICIONES:** *Don Fermín, canónigo de la catedral, encarna la ambición, la sed de poder, motivada quizás por su mísera infancia en un ambiente minero, del que escapó por la vía de un sacerdocio sin vocación. En él se centra el capítulo I, que comienza con una espléndida visión de Vetusta a la hora de la siesta. Don Fermín sube a la torre de la catedral para observar con un catalejo la ciudad, "su presa".*

Uno de los recreos solitarios de don Fermín De Pas consistía en subir a las alturas. Era montañés, y por instinto buscaba las cumbres de los montes y los campanarios de las iglesias. En todos los países que había visitado había subido a la montaña más alta, y si no las había, a la más soberbia torre. No se daba por enterado de cosa que no viese a vista de pájaro, abarcándola por completo y desde arriba. Cuando iba a las aldeas acompañando al Obispo en su visita, siempre había de emprender, a pie o a caballo, como se pudiera, una excursión a lo más empingorotado. En la provincia, cuya capital era Vetusta, abundaban por todas partes montes de los que se pierden entre nubes; pues a los más arduos y elevados ascendía el Magistral, dejando atrás al más robusto andarín, al más experto montañés. Cuanto más subía, más ansiaba subir: en vez de fatiga sentía fiebre que le daba vigor de acero a las piernas y aliento de fragua a los pulmones. Llegar a lo más alto era un triunfo voluptuoso para De Pas. Ver muchas leguas de tierra, columbrar el mar lejano, contemplar a sus pies los pueblos como si fueran juguetes, imaginarse a los hombres como infusorios, ver pasar un águila o un milano, según los parajes, debajo de sus ojos, enseñándole el dorso dorado por el sol, mirar las nubes desde arriba, eran intensos placeres de su espíritu altanero que De Pas se procuraba siempre que podía. Entonces sí que en sus mejillas había fuego y en sus ojos dardos. En Vetusta no podía saciar esta pasión; tenía que contentarse con subir algunas veces a la torre de la catedral [...] El Magistral [...] paseaba lentamente sus miradas por la ciudad, escudriñando sus rincones, levantando con la imaginación los techos, aplicando su espíritu a aquella inspección minuciosa, como el naturalista estudia con poderoso microscopio las pequeneces de los cuerpos. No miraba a los campos, no contemplaba la lontananza de montes y nubes; sus miradas no salían de la ciudad.

Vetusta era su pasión y su presa. Mientras los demás le tenían por sabio teólogo, filósofo y jurisconsulto, él estimaba sobre todas su ciencia de Vetusta. La conocía palmo a palmo, por dentro y por fuera, por el alma y por el cuerpo, había escudriñado los rincones de las conciencias y los rincones de las casas. Lo que sentía en presencia de la heroica ciudad era gula; hacía su anatomía, no como el fisiólogo que sólo quiere estudiar, sino como el gastrónomo que busca, los bocados apetitosos; no aplicaba el escalpelo, sino el trinchante. [...]

Don Fermín contemplaba la ciudad. Era una presa que le disputaban, pero que acabaría por devorar él solo. ¡Qué! ¿También aquel mezquino imperio, habían de arrancarle? No, era suyo. Lo había ganado en buena lid. ¿Para qué eran necios? También al Magistral se le subía la altura a la cabeza; también él veía a los vetustenses como escarabajos; sus viviendas viejas y negruzcas, aplastadas, las creían los vanidosos ciudadanos palacios, y eran madrigueras, cuevas, montones de tierra, labor de topos... ¿Qué habían hecho los dueños de aquellos palacios viejos y arruinados de la Encimada que él tenía allí a sus pies? ¿Qué habían hecho? Heredar. ¿Y él? ¿Qué había hecho él? Conquistar.

**2. ANA OZORES: RECUERDOS Y SUEÑOS:** *Ana Ozores, la Regenta es una mujer enfermiza, marcada por una infancia represiva, frustrada en su matrimonio, ahogada por la mediocridad que la rodea (rasgos que la emparentan con la Madame Bovary de Flaubert). Veamos dos fragmentos del capítulo III en donde se ahonda en su personalidad. Ana, obligada por Don*

*Fermín a preparar una confesión general, repasa su vida y deja aflorar sus anhelos. En el primer fragmento, vemos su vacío afectivo: nostalgia de una madre a la que no conoció, necesidad de ternura... En el segundo, esa insatisfacción se mezcla con la monotonía de su existencia; aparece una rebeldía reprimida, en lucha con su ideal de sacrificio; el ansia de un hijo se mezcla sutilmente con la evocación de la brillante figura de don Alvaro y la "respetable y familiar" imagen del marido. Ambos pasajes ponen bien de manifiesto la portentosa habilidad de Clarín para sugerir, con detalles sagazmente dispuestos, las honduras de un alma. Todo el drama de la novela está ya ahí.*

[2.1]

Abrió el lecho. Sin mover los pies, dejóse caer de bruces sobre aquella blandura suave con los brazos tendidos. Apoyaba la mejilla en la sábana y tenía los ojos muy abiertos. La deleitaba aquel placer del tacto que corría desde la cintura a las sienas.

"¡Confesión general!", estaba pensando. Eso es la historia de toda la vida. Una lágrima asomó a sus ojos, que eran garzos, y corrió hasta mojar la sábana.

Se acordó de que no había conocido a su madre. Tal vez de esta desgracia nacían sus mayores pecados. "Ni madre ni hijos."

Esta costumbre de acariciar la sábana con la mejilla la había conservado desde la niñez. Una mujer seca, delgada, fría, ceremoniosa, la obligaba a acostarse todas las noches antes de tener sueño. Apagaba la luz y se iba. Anita lloraba sobre la almohada, después saltaba del lecho; pero no se atrevía a andar en la oscuridad, y pegada a la cama seguía llorando, tendida así, de bruces, como ahora, acariciando con el rostro la sábana, que mojaba con lágrimas también. Aquella blandura de los colchones era todo *lo maternal* con que ella podía contar; no había más suavidad, para la pobre niña. Entonces debía de tener, según sus vagos recuerdos, cuatro años. Veintitrés habían pasado y aquel dolor aún la enternecía. Después, casi siempre, había tenido grandes contrariedades en la vida, pero ya despreciaba su memoria; una porción de necios se habían conjurado contra ella; todo aquello le repugnaba recordarlo; pero su pena de niña, la injusticia de acostarla sin sueño, sin cuentos, sin caricias, sin luz, la sublevaba todavía y le inspiraba una dulcísima lástima de sí misma. Como aquel a quien, antes de descansar en su lecho el tiempo que necesita, obligan a levantarse, siente sensación extraña que podría llamarse nostalgia de blandura y del calor de su sueño; así, con parecida sensación, había Ana sentido toda su vida nostalgia del regazo de su madre. Nunca habían oprimido su cabeza de niña contra un seno blando y caliente; y ella, la chiquilla, buscaba algo parecido dondequiera. Recordaba vagamente un perro negro de lanas, noble y hermoso; debía de ser un terranova. ¿Qué habría sido de él? El perro se tendía al sol, con la cabeza entre las patas, y ella se acostaba a su lado y apoyaba la mejilla sobre el lomo rizado, ocultando casi todo el rostro en la lana suave y caliente. En los prados se arrojaba de espaldas o de bruces sobre los montones de hierba segada. Como nadie la consolaba al dormirse llorando, acababa por buscar consuelo en sí misma, contándose cuentos llenos de luz y de caricias. Era el caso que ella tenía una mamá que le daba todo lo que quería, que la apretaba contra su pecho y que la dormía cantando cerca de su oído:

Sábado, sábado, morena,  
cayó el pajarillo en trena  
con grillos y con cadena...

Y este otro:

Estaba la pájara pinta  
a la sombra de un verde limón...

Estos cantares los oía en una plaza grande a las mujeres del pueblo que arrullaban a sus hijuelos...

Y así se dormía ella también, figurándose que era la almohada el seno de su madre soñada y que realmente oía aquellas canciones que sonaban dentro de su cerebro. Poco a poco se había acostumbrado a esto, a no tener más placeres puros y tiernos que los de su imaginación.

*(Ana pasa a evocar ciertos episodios de su niñez, en particular una inocente aventura que —ruinmente interpretada por sus tías, que cuidan de ella— dejará en su alma la huella indeleble de lo sucio y de la represión malévol. Tras esto, continúan sus divagaciones.)*

[2. 2]

Aquellos recuerdos de la niñez huyeron, pero la cólera que despertaron, a pesar de ser tan lejana, no se desvaneció con ellos.

"¡Qué vida tan estúpida!", pensó Ana, pasando a reflexiones de otro género.

Aumentaba su mal humor con la conciencia de que estaba pasando un cuarto de hora de rebelión. Creía vivir sacrificada a deberes que se había impuesto: estos deberes algunas veces se los presentaba como poética misión que explicaba el porqué de la vida. Entonces pensaba:

"La monotonía, la insulsez de esta existencia es aparente; mis días están ocupados por grandes cosas; este sacrificio, esta lucha es más grande que cualquier aventura del mundo."

En otros momentos, como ahora, tascaba el freno la pasión sojuzgada; protestaba el egoísmo, la llamaba loca, romántica, necia y decía: —¡Qué vida tan estúpida!

Esta conciencia de la rebelión la desesperaba; quería aplacarla y se irritaba. Sentía cardos en el alma. En tales horas no quería a nadie, no compadecía a nadie. En aquel instante deseaba oír música; no podía haber voz más oportuna. Y sin saber cómo, sin querer, se le apareció el Teatro Real de Madrid y vio a don Alvaro Mesía, el presidente del Casino, ni más ni menos, envuelto en una capa de embozos grana, cantando bajo los balcones de Rosina

*Ecco ridente il del...*

La respiración de la Regenta era fuerte, frecuente; su nariz palpitaba ensanchándose, sus ojos tenían fulgores de fiebre y estaban clavados en la pared, mirando la sombra sinuosa de su cuerpo ceñido por la manta de colores.

Quiso pensar en aquello, en Lindoro, en el Barbero, para suavizar la aspereza de espíritu que la mortificaba.

—¡Si yo tuviera un hijo!..., ahora..., aquí..., besándole, cantándole.,,

Huyó la vaga imagen del rorro, y otra vez se presentó el esbelto don Alvaro, pero de gabán blanco entallado, saludándola como saludaba el rey Amadeo.

Mesía, al saludar, humillaba los ojos, cargados de amor, ante los de ella, imperiosos, imponentes.

Sintió flojedad en el espíritu. La sequedad y tirantez que la mortificaban se fueron convirtiendo en tristeza y desconsuelo...

*Ya no era mala*, ya sentía como ella quería sentir; y la idea de su sacrificio se le apareció de nuevo; pero grande ahora, sublime, como una corriente de ternura capaz de anegar el mundo.

La imagen de don Alvaro fue también desvaneciéndose, cual un cuadro disolvente; ya no se veía más que el gabán blanco, y detrás, como una filtración de luz, iban destacándose una bata escocesa a cuadros, un gorro verde de terciopelo y oro, con borla, un bigote y una perilla

blancos, unas cejas grises muy espesas..., y al fin sobre un fondo negro brilló entera la respetable y familiar figura de su don Víctor Quintanar con un nimbo de luz en torno. Aquél era el sujeto del sacrificio, como diría don Cayetano.

Ana Ozores depositó un casto beso en la frente del caballero.

**3 . EL PUEBLO DE VETUSTA: PASEO POR EL BULEVARD:** *Saltamos al capítulo IX. Una tarde, Ana Ozores ha salido a pasear a pasear por el campo con su cria da Petra. Al regreso, atraviesan el arrabal obrero, lo que permite a Clarín uno de sus inolvidables cuadros sobre el ambiente de Vetusta. A la vez, veremos qué siente la protagonista al contemplar aquellas gentes humildes pero llenas de vida. En suma, se tratará de un ejemplo de la perfecta inserción de la descripción en la trama narrativa, de las repercusiones del ambiente en los problemas de los personajes.*

Cuando llegaban a las primeras casas de Vetusta, oscurecía. La luz amarillenta del gas brillaba de trecho en trecho, cerca de las ramas polvorientas de las raquílicas acacias que adornaban el *boulevard*, nombre popular de la calle por donde entraban en el pueblo [...]

Al anoecer, hora en que dejaban el trabajo los obreros, se convertía aquella acera en paseo, donde era difícil andar sin pararse a cada tres pasos. Costureras, chalequeras, planchadoras, ribeteadoras, cigarreras, fosforeras y armeros, zapateros, sastres, carpinteros y hasta albañiles y canteros, sin contar otras muchas clases de industriales, se daban cita bajo las acacias del triunfo y paseaban allí una hora, arrastrando los pies sobre las piedras con estridente sonsonete. [...]

Era la fuerza de los talleres que salía al aire libre; los músculos se movían por su cuenta, a su gusto, libres de la monotonía de la faena rutinaria. Cada cual, además, sin darse cuenta de ello, estaba satisfecho de haber hecho algo útil, de haber trabajado. Las muchachas reían sin motivo, se pellizcaban, tropezaban unas con otras, se amontonaban, y al pasar los grupos de obreros crecía la algazara; había golpes en la espalda, carcajadas de malicia, gritos de mentida indignación, de falso pudor, no por hipocresía, sino como si se tratara de un paso de comedia. Los remilgos eran fingidos, pero el que se proponía se exponía a salir con las mejillas ardientes. Las virtudes que había allí sabían defenderse a bofetadas. En general, se movía aquella multitud con cierto orden. Se paseaba en filas de ida y vuelta. Algunos señoritos se mezclaban con los grupos de obreros. [...]

La virtud y el vicio se codeaban sin escrúpulo, iguales por el traje, que era bastante descuidado. Aunque había algunas jóvenes limpias, de aquel montón de hijas del trabajo que hace sudar salía un olor picante, que los habituales transeúntes ni siquiera notaban, pero que era molesto, triste; un olor de miseria perezosa, abandonada. Aquel perfume de harapo lo respiraban muchas mujeres hermosas; unas fuertes, esbeltas; otras delicadas, dulces; pero todas mal vestidas, mal lavadas las más, mal peinadas algunas. El estrépito era infernal; todos hablaban a gritos, todos reían, unos silbaban, otros cantaban. Niñas de catorce años, con rostro de ángel, oían sin turbarse blasfemias y obscenidades que a veces las hacían reír como locas. Todos eran jóvenes. El trabajador viejo no tiene esa alegría. Entre los hombres, acaso ninguno había de treinta años. El obrero pronto se hace taciturno, pronto pierde la alegría expansiva, sin causa. Hay pocos viejos verdes entre los proletarios.

Ana se vio envuelta, sin pensarlo, por aquella multitud. No se podía salir de la acera. Había mucho lodo y pasaban carros y coches sin cesar; era la hora del correo, y aquél el camino de la estación. [...]

Alguna otra vez había pasado la Regenta por allí a tales horas, pero en esta ocasión, con una especie de doble vista, creía ver, sentir allí, en aquel montón de ropa sucia, en el mismo olor

picante de la *chusma*, en la algazara de aquellas turbas, una forma del placer del amor; del amor que era por lo visto una necesidad universal. También había cuchicheos secretos, al oído, entre aquel estrépito; rostros lánguidos, ceños de enamorados celosos, miradas como rayos de pasión... Entre aquel cinismo aparente de los diálogos, de los roces bruscos, de los tropezones insolentes, de la brutalidad jactanciosa, había flores delicadas, verdadero pudor, ilusiones puras, ensueños amorosos que vivían allí sin conciencia de los miasmas de la miseria.

Ana participó un momento de aquella voluptuosidad andrajosa. Pensó en sí misma, en su vida consagrada al sacrificio, a una prohibición absoluta del placer, y se tuvo esa lástima profunda del egoísmo excitado ante las propias desdichas. "Yo soy más pobre que estas."



## EL CHOQUE CON UNAMUNO

Poco después de empezar a encargarse de popularizar la imagen de Franco, Millán participó en un incidente que, a ojos del mundo extranjero, caracterizaría al régimen franquista. Tuvo un encontronazo con el rector de la Universidad de Salamanca, el filósofo y novelista Miguel de Unamuno, de 72 años. El 12 de octubre de 1936, en el paraninfo de la universidad se celebraba el Día de la Raza, aniversario del "descubrimiento" de América por Colón. Millán había llegado escoltado por sus legionarios armados con metralletas. Varios oradores soltaron los consabidos tópicos acerca de la "anti-España". Un indignado Unamuno, que había estado tomando apuntes sin intención de hablar, se puso de pie y pronunció un apasionado discurso. "Se ha hablado aquí de guerra internacional en defensa de la civilización cristiana; yo mismo lo hice otras veces. Pero no, la nuestra es sólo una guerra incivil. (...) Vencer no es convencer, y hay que convencer, sobre todo, y no puede convencer el odio que no deja lugar para la compasión. (...) Se ha hablado también de catalanes y vascos, llamándolos anti-España; pues bien, con la misma razón pueden ellos decir otro tanto. Y aquí está el señor obispo, catalán, para enseñaros la doctrina cristiana que no queréis conocer, y yo, que soy vasco, llevo toda mi vida enseñándoos la lengua española, que no sabéis .

En ese punto, Millán empezó a gritar: "¿Puedo hablar? ¿Puedo hablar?". Su escolta presentó armas y alguien del público gritó: "¡Viva la muerte!". En lo que, según Ridruejo, fue un exhibicionismo fríamente calculado, Millán habló: "¡Cataluña y el País Vasco, el País Vasco y Cataluña, son dos cánceres en el cuerpo de la nación! ¡El fascismo, remedio de España, viene a exterminarlos, cortando en la carne viva y sana como un frío bisturí!". Se excitó sobremanera hasta tal punto que no pudo seguir hablando. Resollando, se cuadró mientras se oían gritos de "¡viva España!". Se produjo un silencio mortal y unas miradas angustiadas se volvieron hacia Unamuno. "Acabo de oír el grito necrófilo e insensato de "¡viva la muerte!". Esto me suena lo mismo que "¡muera la vida!". Y yo, que he pasado toda la vida creando paradojas que provocaron el enojo de quienes no las comprendieron, he de deciros, con autoridad en la materia, que esta ridícula paradoja me parece repelente. Puesto que fue proclamada en homenaje al último orador, entiendo que fue dirigida a él, si bien de una forma excesiva y tortuosa, como testimonio de que él mismo es un símbolo de la muerte. ¡Y otra cosa! El general Millán Astray es un inválido. No es preciso decirlo en un tono más bajo. Es un inválido de guerra. También lo fue Cervantes. Pero los extremos no sirven como norma. Desgraciadamente, hay hoy en día demasiados inválidos. Y pronto habrá más si Dios no nos ayuda. Me duele pensar que el general Millán Astray pueda dictar las normas de psicología de las masas. Un inválido que carezca de la grandeza espiritual, de Cervantes, que era un hombre, no un superhombre, viril y completo, a pesar de sus mutilaciones, un inválido, como dije, que carezca de esa superioridad de espíritu suele sentirse aliviado viendo como aumenta el número de mutilados alrededor de él. (...) El general Millán Astray quisiera crear una España nueva, crear una España nueva, creación negativa, duda, según su propia imagen. Y por ello desearía una España mutilada .....

Furioso, Millán gritó: "¡Muera la inteligencia!". En un intento de calmar los ánimos, el poeta José María Pemán exclamó: "¡No! ¡Viva la inteligencia! ¡Mueran los malos intelectuales!". Unamuno no se amilanó y concluyó: "¡Éste es el templo de la inteligencia! ¡Y yo soy su supremo sacerdote! Vosotros estáis profanando su sagrado recinto. Yo siempre he sido, diga lo que diga el proverbio, un profeta en mi propio país. Venceréis, pero no convenceréis. Venceréis porque tenéis sobrada fuerza bruta; pero no convenceréis, porque convencer significa persuadir. Y para persuadir necesitáis algo que os falta: razón y derecho en la lucha. Me parece inútil pedir que penséis en España". Millán se controló lo suficiente como para, señalando a la esposa de Franco, ordenarle: "¡Coja el brazo de la señora!", cosa que Unamuno hizo, evitando así que el incidente acabara en tragedia.

Esa misma tarde, los guardias cívicos de Salamanca dieron una cena en honor de José María Pemán, presidida por el alcalde. Al regresar al Gran Hotel, Millán se presentó en el vestíbulo y, ante un público perplejo, lo abrazó y le ofreció su propia "medalla de sufrimientos por la patria". No ha quedado claro si lo que Millán pretendía era neutralizar los posibles efectos negativos de su ataque a la inteligencia o congraciarse con el escritor. En opinión de Franco, Millán se había comportado como era debido en la confrontación con Unamuno.

Paul Preston, *Las tres Españas del 36*, Plaza y Janés, 1988.

## ANTONIO MACHADO

### *Desgarrada la nube; el arco iris*

brillando ya en el cielo,  
y en un fanal de lluvia  
y sol el campo envuelto.

Desperté ¿Quién enturbia  
los mágicos cristales de mi sueño?  
Mi corazón latía  
atónito y disperso.  
...¡El limonar florido,  
el cipresal del huerto,  
el prado verde,  
el sol, el agua, el iris!..  
¡el agua en tus cabellos!...

Y todo en la memoria se perdía  
como una pompa de jabón al viento.

### *MI PADRE*

Ya casi tengo un retrato  
de mi buen padre, en el tiempo,  
pero el tiempo se lo va llevando.

Mí padre, cazador,— en la rivera  
del Guadalquivir, ¡en un día tan claro! —  
es el cañón azul de su escopeta  
y del tiro certero el humo blanco.

Mi padre en el jardín de nuestra casa,  
mi padre, entre sus libros, trabajando.  
Los ojos grandes, la alta frente,  
el rostro enjuto, los bigotes lacios.

Mi padre escribe ( letra diminuta)  
medita, sueña, sufre, habla alto.

Pasea . — oh padre mío— ¡todavía!  
estás ahí, el tiempo no te ha borrado.

Ya soy más viejo, que eras tú, padre mío,  
cuando me besabas.

Pero en el recuerdo, soy también el niño  
que llevabas de la mano.

¡Muchos años pasaron sin que yo te  
recordara, padre mío!

¿Dónde estabas tú en esos años?

Quiero tu hijo, aviador enemigo,  
quiero tu hijo para enseñarle el  
cuerpo destrozado del mío, para que  
te oiga volar con tus bombas y tus  
balas sobre nuestras cabezas.

Dame tu hijo ,hombre que guardas  
en impunidad los tuyos. Dámelo, rubio  
y luminoso como era el mío; quiero

ver que sus labios suspiran junto  
mi hijo, que en sus ojos está el  
llanto de terror de ti. Porque soy  
Madre del que tu has deshecho y  
quiero que me des el tuyo intacto.  
No te lo heriré. No le diré mal.  
Mi voz será pura y ardida para  
llamarlo. Sólo quiero que te oiga,  
que sepa de tu vuelo  
junto a la muerte de mi hijo!

Dame tu hijo, aviador enemigo.  
Te lo guardaré cantando junto  
a la tumba del mío, muerto por ti.

— *Señor Pérez, salga usted a la pizarra* y escriba:  
“Los eventos consuetudinarios que acontecen en la  
rúa”.

El alumno escribe lo que. se le dicta.

—Vaya usted poniendo eso en lenguaje poético—.  
El alumno, después de meditar escribe: “Lo que  
pasa en la calle”  
(Mairena, el. maestro)— No está mal.

### *A UN OLMO SECO*

Al olmo viejo, hendido por el rayo  
y en su mitad podrido,  
con las lluvias de abril y el sol de mayo,  
algunas hojas verde le han salido.  
¡El olmo centenario en la colina  
que lame el Duero! Un musgo amarillento  
le mancha la corteza blanquecina  
al tronco carcomido y polvoriento.

No será, cual los álamos cantores  
que guardan el camino y la ribera,  
habitado de pardos ruiseñores.

Ejército de hormigas en hilera  
va trepando por él, y en sus entrañas  
hunden sus telas grises las arañas.

Antes que te derribe, olmo del Duero,  
con su hacha el leñador, y el carpintero  
te convierta en melena de campana,  
lanza de carro o yugo de carreta;  
antes que, rojo en el hogar, mañana  
ardas, de alguna mísera caseta  
al borde de un camino;  
antes que te descuaje un torbellino  
y tronche el soplo de las sierras blancas;  
antes que el río hacia la mar te empuje,  
por valles y barrancas,  
olmo, quiero anotar en mi cartera

la gracia de tu rama verdecida.  
Mi corazón espera  
también hacia la luz y hacia la vida,  
otro milagro de la primavera.

***Caminante son tus huellas***

el camino, y nada más;  
caminante no hay camino  
se hace camino al andar,  
al andar se hace el camino  
y al volver la vista atrás  
se ve la senda que nunca  
se ha de volver a pisar.  
Caminante no hay camino,  
sino estelas en la Mar.

***Todo pasa y todo queda,***  
pero lo nuestro es pasar,  
pasar haciendo caminos,  
caminos sobre la mar.

***LAS MOSCAS***

Vosotras, las familiares,  
inevitables golosas,  
vosotras, moscas vulgares,  
me evocáis todas las cosas.  
¡Oh, viejas moscas voraces,  
como abejas en abril,  
viejas moscas pertinaces  
sobre mi calva infantil!  
¡Moscas del primer hastío  
en el salón familiar,  
las claras tardes de estío  
en que yo empecé a soñar!  
Y en la aborrecida escuela,  
raudas moscas divertidas,  
perseguidas  
por amor de lo que vuela,  
— que todo es volar—, sonoras  
rebotando en los cristales  
en los días otoñales...  
Moscas de todas las horas,  
de infancia y adolescencia,  
de mi juventud dorada;  
de esta segunda inocencia,  
que da en no creer en nada,  
de siempre... Moscas vulgares,  
que de puro familiares  
no tendréis digno cantor:  
yo sé que os habéis posado  
sobre el juguete encantado,

sobre el librote cerrado,  
sobre la carta de amor,  
sobre los párpados yertos  
de los muertos.

Inevitables golosas,  
que ni labráis como abejas,  
ni brilláis cual mariposas;  
pequeñitas, revoltosas,  
vosotras, amigas viejas,  
me evocáis todas las cosas.

***Empañé tu memoria? ¡Cuantas veces!***

La vida baja como un ancho río,  
y cuando lleva al mar alto navío  
va con cieno verdoso y turbias heces.

Y más si hubo tormenta en sus orillas  
y el arrastra el botín de la tormenta,  
si en su cielo la nube cenicienta  
se incendió de centellas amarillas.

Pero aunque fluya hacia la mar ignota,  
es la vida también agua de fuente  
que de claro venero, gota a gota,

o ruidoso penacho de torrente  
bajo el azul, sobre la piedra brota.  
Y allí suena tu nombre ¡eternamente!

**PROVERBIOS Y CANTARES**

En esta España de los pantalones  
lleva la voz el macho;  
mas si un negocio importa  
lo resuelven las faldas a escobazos

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ  
AQUELLA TARDE, AL DECIRLE...

Aquella tarde, al decirle  
que me alejaba del pueblo,  
me miró triste, muy triste,  
vagamente sonriendo.

Me dijo: ¿Por qué te vas?  
Le dije: Porque el silencio  
de estos valles me amortaja  
como si estuviera muerto.

-¿Por qué te vas?- He sentido  
que quiere gritar mi pecho,  
y en estos valles callados  
voy a gritar y no puedo.

Y me dijo: ¿Adónde vas?  
Y le dije: A donde el cielo  
esté más alto y no brillen  
sobre mí tantos luceros.

La pobre hundió su mirada  
allá en los valles desiertos  
y se quedó muda y triste,  
vagamente sonriendo.

AZUCENA Y SOL

Nada me importa vivir  
con tal de que tú suspires,  
(por tu imposible yo,  
tú por mi imposible)

Nada me importa morir  
si tú te mantienes libre  
(por tu imposible yo,  
tú por mi imposible)

ADOLESCENCIA

En el balcón, un instante  
nos quedamos los dos solos.  
desde la dulce mañana  
de aquel día éramos novios.

-El paisaje soñoliento  
dormía sus vagos tonos,  
bajo el cielo gris y rosa  
del crepúsculo de otoño-.

Le dije que iba a besarla;  
bajó, serena, los ojos  
y me ofreció sus mejillas  
como quien pierde un tesoro.

-Caían las hojas muertas,  
en el jardín silencioso,  
y en el aire erraba aún

un perfume de heliotropos-.

No se atrevía a mirarme;  
le dije que éramos novios,  
...y las lágrimas rodaron  
de sus ojos melancólicos.

ESTOY TRISTE, Y MIS OJOS NO LLORAN

Estoy triste, y mis ojos no lloran  
y no quiero los besos de nadie;  
mi mirada serena se pierde  
en el fondo callado del parque.

¿Para qué he de soñar en amores  
si está oscura y nuviosa la tarde  
y no vienen suspiros ni aromas  
en las rondas tranquilas del aire?

Han sonado las horas dormidas;  
está solo el inmenso paisaje;  
ya se han ido los lentos rebaños;  
flota el humo en los pobres hogares.

Al cerrar mi ventana a la sombra,  
una estrena brilló en los cristales;  
estoy triste, mis ojos no lloran,  
¡ya no quiero los besos de nadie!

Soñaré con mi infancia: es la hora  
de los niños dormidos; mi madre

me mecía en su tibio regazo,  
al amor de sus ojos radiantes;

y al vibrar la amorosa campana  
de la ermita perdida en el valle,  
se entreabrían mis ojos rendidos  
al misterio sin luz de la tarde...

Es la esquila; ha sonado. La esquila  
ha sonado en la paz de los aires;  
sus cadencias dan llanto a estos ojos  
que no quieren los besos de nadie.

### Y YO ME IRÉ...

Y yo me iré. Y se quedarán los pájaros  
cantando;  
y se quedará mi huerto, con su verde árbol,  
y con su pozo blanco.

Todas la tardes, el cielo será azul y plácido;  
y tocarán, como esta tarde están tocando,  
las campanas del campanario.

Se morirán aquellos que me amaron;  
y el pueblo se hará nuevo cada año;  
y en el rincón aquel de mi huerto florido y  
encalado,  
mi espíritu errará, nostálgico...

Y yo me iré; y estaré solo, sin hogar, sin árbol  
verde, sin pozo blanco,  
sin cielo azul y plácido...  
Y se quedarán los pájaros cantando.

### LA MUERTE ES UNA MADRE NUESTRA ANTIGUA,

La muerte es una madre nuestra antigua,  
nuestra primera madre, que nos quiere  
a través de las otras, siglo a siglo,  
y nunca, nunca nos olvida;  
madre que va, inmortal, atesorando  
—para cada uno de nosotros sólo—  
el corazón de cada madre muerta;  
que esta más cerca de nosotros,  
cuantas más madres nuestras mueren;

para quien cada madre sólo es  
un arca de cariño que robar  
—para cada uno de nosotros sólo—;  
madre que nos espera,  
como madre final, con un abrazo inmensamente  
abierto,  
que ha de cerrarse, un día, breve y duro,  
en nuestra espalda, para siempre.

### LA NOCHE

El dormir es como un puente  
que va del hoy al mañana.  
Por debajo, como un sueño,  
pasa el agua, pasa el alma.

ÁLAMO BLANCO  
Arriba canta el pájaro  
y abajo canta el agua.  
(Arriba y abajo,  
se me abre el alma).

¡Entre dos melodías,  
la columna de plata!  
Hoja, pájaro, estrella;  
baja flor, raíz, agua.  
¡Entre dos conmociones,  
la columna de plata!  
(¡Y tú, tronco ideal,  
entre mi alma y mi alma!)

Mece a la estrella el trino,  
la onda a la flor baja.  
(Abajo y arriba,  
me tiembla el alma).

**GENERACIÓN DEL 27**  
**JORGE GUILLEN**

LAS DOCE EN EL RELOJ

Dije: Todo ya pleno.  
Un álamo vibró.  
Las hojas plateadas  
Sonaron con amor.  
Los verdes eran grises,  
El amor era sol.  
Entonces, mediodía,  
Un pájaro sumió  
Su cantar en el viento  
Con tal adoración  
Que se sintió cantada  
Bajo el viento la flor  
Crecida entre las mieses,  
Más altas. Era yo,  
Centro en aquel instante  
De tanto alrededor,  
Quien lo veía todo  
Completo para un dios.  
Dije: Todo, completo.  
¡Las doce en el reloj!

BEATO SILLÓN

¡Beato sillón! La casa  
Corroborra su presencia  
Con la vaga intermitencia  
De su invocación en masa  
A la memoria. No pasa  
Nada. Los ojos no ven,  
Sabén. El mundo está bien  
Hecho. El instante lo exalta  
A marea, de tan alta,  
De tan alta, sin vaivén.

LOS INTRANQUILOS

Somos los hombres intranquilos  
En sociedad.  
Ganamos, gozamos, volamos.  
¡Qué malestar!

El mañana asoma entre nubes  
De un cielo turbio  
Con alas de arcángeles-átomos  
Como un anuncio.

Estamos siempre a la merced  
De una cruzada.  
Por nuestras venas corre sangre  
De catarata.

Así vivimos sin saber  
Si el aire es nuestro.  
Quizá muramos en la calle,  
Quizá en el lecho.

Somos entre tanto felices.  
Seven o'clock.  
Todo es bar y delicia oscura.  
¡Televisión!

---

**PEDRO SALINAS**

“Mañana”. La palabra  
iba suelta, vacante,  
ingrávida, en el aire,  
tan sin alma y sin cuerpo,  
tan sin color ni beso,  
que la dejé pasar  
por mi lado, en mi hoy.  
Pero de pronto tú  
dijiste: “Yo, mañana...”  
Y todo se pobló de carne y de banderas.  
Se me precipitaban  
encima las promesas  
de seiscientos colores,  
con vestidos de moda,  
desnudas, pero todas  
cargadas de caricias.  
En trenes o en gacelas  
me llegaban —agudas,  
sones de violines—  
esperanzas delgadas  
de bocas virginales.  
O veloces y grandes  
como buques, de lejos,  
como ballenas  
desde mares distantes,  
inmensas esperanzas  
de un amor sin final.  
¡Mañana! Qué palabra  
toda vibrante, tensa  
de alma y carne rosada,  
cuerda del arco donde  
tú pusiste, agudísima,  
arma de veinte años,  
la flecha más segura  
cuando dijiste: “Yo...”

PARA VIVIR no quiero islas,  
palacios, torres.  
¡Qué alegría más alta:  
vivir en los pronombres!

Quítate ya los trajes,  
las señas, los retratos;  
yo no te quiero así,  
disfrazada de otra,  
hija siempre de algo.  
Te quiero pura, libre,

irreductible: tú.  
Sé que cuando te llame  
entre todas las gentes  
del mundo,  
sólo tú serás tú.  
Y cuando me preguntes  
quién es el que te llama,  
el que te quiere suya,  
enterraré los nombres,  
los rótulos, la historia.  
Iré rompiendo todo  
lo que encima me echaron  
desde antes de nacer.  
Y vuelto ya al anónimo  
eterno del desnudo,  
de la piedra, del mundo,  
te diré:  
“Yo te quiero, soy yo.”

---

**MANUEL ALTOLAGUIRRE**

**VIVIR SOÑANDO**

Parece que mi destino  
es el de vivir soñando.  
A vida que es toda sueño  
la muerte no le hará daño.

**SIN LIBERTAD**

Ya que no puedo ser libre  
agrandaré mis prisiones.

Cambiaré los tristes muros  
por alegres horizontes.  
No pisaré ningún suelo  
sino abismos de la noche.  
Techos que a mí me cobijen  
cielos serán los mejores.

Ya que no puedo ser libre  
agrandaré mis prisiones.

**ERA MI DOLOR TAN ALTO**

Era mi dolor tan alto,  
que la puerta de mi casa  
de donde salí llorando  
me llegaba a la cintura.

¡Qué pequeños resultaban  
los hombres que iban conmigo!  
Crecí como una alta llama  
de tela blanca y cabellos.

Si derribaran mi frente  
los toros bravos saldrían,  
luto en desorden, dementes,  
contra los cuerpos humanos.

Era mi dolor tan alto,  
que miraba al otro mundo  
por encima del ocaso.

---

**EMILIO PRADOS**

**DORMIDO EN LA YERBA**

Todos vienen a darme consejo.  
Yo estoy dormido junto a un pozo.

Todos se acercan y me dicen:  
—La vida se te va,  
y tú te tiendes en la yerba,  
bajo la luz más tenue del crepúsculo,  
atento solamente  
a mirar cómo nace  
el temblor del lucero  
o el pequeño rumor  
del agua, entre los árboles.

Y tú te tiendes sobre la yerba:  
cuando ya tus cabellos  
comienzan a sentir  
más cerca y fríos que nunca,  
la caricia y el beso  
de la mano constante  
y sueño de la luna

Y tú te tiendes sobre la yerba:  
cuando apenas si puedes  
sentir en tu costado  
el húmedo calor  
del grano que germina  
y el amargo crujió  
de la rosa ya muerta

Y tú te tiendes sobre la yerba:  
cuando apenas si el viento  
contiene su rigor,  
al mirar en ruina  
los muros de tu espalda,  
y, el sol, ni se detiene  
a levantar tu sangre del silencio.

Todos se acercan y me dicen:  
—La vida se te va.  
Tú, vienes de la orilla  
donde crece el romero y la alhucema  
entre la nieve y el jazmín, eternos,  
y, es un mar todo espumas  
lo que aquí te ha traído por que nos hables...  
Y tú te duermes sobre la yerba.

Todos se acercan para decirme:  
—Tú duermes en la tierra  
y tu corazón sangra  
y sangra, gota a gota  
ya sin dolor, encima de tu sueño,  
como en lo más oculto  
del jardín, en la noche,  
ya sin olor, se muere la violeta.

Todos vienen a darme consejo.  
Yo estoy dormido junto a un pozo.

Sólo, si algún amigo  
se acerca, y, sin pregunta  
me da un abrazo entre las sombras:  
lo llevo hasta asomarnos  
al borde, juntos, del abismo,  
y, en sus profundas aguas,  
ver llorar a la luna y su reflejo,  
que más tarde ha de hundirse  
como piedra de oro,  
bajo el otoño frío de la muerte.

---

### **FEDERICO GARCÍA LORCA**

#### CANCIÓN DE JINETE 1860

En la luna negra  
de los bandoleros,  
cantan las espuelas.

Caballito negro.  
¿Dónde llevas tu jinete muerto?

....Las duras espuelas  
del bandido inmóvil  
que perdió las riendas.

Caballito frío.  
¡Qué perfume de flor de cuchillo!

En la luna negra,  
sangraba el costado  
de Sierra Morena.

Caballito negro.  
¿Dónde llevas tu jinete muerto?

La noche espolea  
sus negros ijares  
clavándose estrellas.

Caballito frío.  
¡Qué perfume de flor de cuchillo!

En la luna negra,  
¡un grito!  
y el cuerno largo de la hoguera.

Caballito negro.  
¿Dónde llevas tu jinete muerto?

#### LA AURORA

La aurora de Nueva York tiene  
cuatro columnas de cieno

y un huracán de negras palomas  
que chapotean las aguas podridas.  
La aurora de Nueva York gime  
por las inmensas escaleras  
buscando entre las aristas  
nardos de angustia dibujada.  
La aurora llega y nadie la recibe en su boca  
porque allí no hay mañana ni esperanza posible.  
A veces las monedas en enjambres furiosos  
taladran y devoran abandonados niños.  
Los primeros que salen comprenden con sus huesos  
que no habrá paraíso ni amores deshojados:  
saben que van al cieno de números y leyes,  
a los juegos sin arte, a sudores sin fruto.  
La luz es sepultada por cadenas y ruidos  
en impúdico reto de ciencia sin raíces.  
Por los barrios hay gentes que vacilan insomnes  
como recién salidas de un naufragio de sangre.

#### CASIDA DEL LLANTO

He cerrado mi balcón  
porque no quiero oír el llanto,  
pero por detrás de los grises  
muros no se oye otra cosa que el llanto.

Hay muy pocos ángeles que canten,  
hay muy pocos perros que ladren,  
mil violines caben en la palma de mi mano.

Pero el llanto es un perro inmenso,  
el llanto es un ángel inmenso,  
el llanto es un violín inmenso,  
las lágrimas amordazan al viento,  
y no se oye otra cosa que el llanto.

#### EL POETA PIDE A SU AMOR QUE LE ESCRIBA

Amor de mis entrañas, viva muerte,  
en vano espero tu palabra escrita  
y pienso, con la flor que se marchita,  
que si vivo sin mí quiero perderte.

El aire es inmortal. La piedra inerte  
ni conoce la sombra ni la evita.  
Corazón interior no necesita  
la miel helada que la luna vierte.

Pero yo te sufrí. Rasgué mis venas,  
tigre y paloma, sobre tu cintura  
en duelo de mordiscos y azucenas.

---

### **DAMASO ALONSO**

#### MONSTRUOS

Todós los días rezo esta oración  
al levantarme:



Oh Dios, no me atormentes más.  
Dime qué significan  
estos espantos que me rodean.  
Cercado estoy de monstruos  
que mudamente me preguntan,  
igual, igual que yo les interrogo a ellos.  
Que tal vez te preguntan,  
lo mismo que yo en vano perturbo  
el silencio de tu invariable noche  
con mi desgarradora interrogación. Bajo la penumbra de  
las estrellas y bajo la terrible tiniebla de la luz solar, me  
acechan ojos enemigos, formas grotescas me vigilan,  
colores hirientes lazos me están tendiendo:  
¡son monstruos,  
estoy cercado de monstruos!  
No me devoran.  
Devoran mi reposo anhelado,  
me hacen ser una angustia  
que se desarrolla a sí misma  
me hacen hombre,  
monstruo entre monstruos.

No, ninguno tan horrible  
como este Dámaso frenético,  
como este amarillo ciempiés que hacia ti dama con sus  
tentáculos enloquecidos  
como esta bestia inmediata,  
transfundida en una angustia fluyente;  
no, ninguno tan monstruoso  
como esta alimaña que brama hacia ti,  
como esta desgarrada incógnita  
que ahora te increpa con gemidos articulados,  
que ahora te dice:  
“Oh Dios,  
no me atormentes más,  
dime qué significan estos monstruos  
que me rodean  
y este espanto íntimo que hacia ti gime en la noche.”

#### INCONTRASTABLE, DIVINA

Qué hermosa eres, libertad. No hay nada  
que te contraste. ¿Qué? Dame tormento.  
Más brilla y en más puro firmamento  
libertad en tormento acrisolada.

¿Que no grite? ¿Mordaza hay preparada?  
Venid: amordazad mi pensamiento.  
Grito no es vibración de ondas al viento:  
grito es conciencia de hombre sublevada.

Qué hermosa eres, libertad. Dios mismo  
te vio lucir, ante el primer abismo,  
sobre su pecho, solitaria estrella.

Una chispita del volcán ardiente  
tomó en su mano. Y te prendió en mi frente,  
libre llama de Dios, libertad bella.

---

#### RAFAEL ALBERTI

#### HACE FALTA ESTAR CIEGO

Hace falta estar ciego,  
tener como metidas en los ojos raspaduras de vidrio,  
cal viva  
arena hirviendo,  
para no ver la luz que salta en nuestros actos,  
que ilumina por dentro nuestra lengua,  
nuestra diaria palabra.

Hace falta querer morir sin estela de gloria y alegría,  
sin participación de los himnos futuros  
sin recuerdo en los hombres que juzguen el pasado  
sombrio de la Tierra.

Hace falta querer ya en la vida ser pasado,  
obstáculo sangriento.  
cosa muerta,  
seco olvido

#### EL ABURRIMIENTO (POEMA ESCÉNICO)

ME ABURRO.

Me aburro.

Me aburro.

¡Cómo en Roma me aburro!

Más que nunca me aburro.

Estoy muy aburrido.

¡qué aburrido que estoy!

Quiero decir de todas las maneras

lo aburrido que estoy.

Todos ven en mi cara mi gran aburrimiento.

Innegable, señor.

Es indisimulable.

¿Está usted aburrido?

Me parece que está usted muy aburrido.

Dígame, ¿a dónde va tan aburrido?

¿Que usted va a las iglesias con ese aburrimiento?

No es posible, señor, que vaya a las iglesias con ese  
aburrimiento.

¿Que a los museos —dice— siendo tan aburrido?

¿Quiéno no siente en mi andar lo aburrido que estoy?

¡qué aire de aburrimiento!

A la legua se ve su gran aburrimiento.

Mi gran aburrimiento.

Lo aburrido que estoy.

Y sin embargo... ¡Oooh!

He pisado una caca...

Acabo de pisar —¡santo Dios!— una caca...

Dicen que trae suerte el pisar una caca...

que trae mucha suerte el pisar una caca...

¿Suerte, señores, suerte?

¿La suerte... la... la suerte?

Estoy pegado al suelo.

No puedo caminar.

Ahora sí que ya nunca volveré a caminar

Me aburro, ay, me aburro.  
Más que nunca me aburro.  
Muero de aburrimiento.  
No hablo mas...  
    Me morí.

## GATOS, GATOS Y GATOS...

GATOS, gatos y gatos y más gatos  
me cercaron la alcoba en que dormía.  
Pero gato que entraba no salía,  
muerto en las trampas de mis diez zapatos.

Cometí al fin tantos asesinatos,  
que en toda Roma ningún gato había,  
mas la rata implantó su monarquía,  
sometiendo al ratón a sus mandatos.

Y así hallé tal castigo, que no duermo,  
helado, inmóvil, solo, mudo, enfermo,  
viendo agujerarse los rincones.

Condenado a morir viviendo a gatas,  
en la noche comido por las ratas  
y en el amanecer por los ratones.

## SOBRES HÉROES Y TUMBAS

Ernesto Sábato

(....) Martín levantó un trozo de diario abandonado, un trozo en forma de país: un país inexistente, pero posible. Mecánicamente leyó las palabras que se referían a Suez, a comerciantes que iban a la cárcel de Villa Devoto, a algo que dijo Gheorghiu al llegar. Del otro lado, medio manchada por el barro, se veía una foto: PERÓN VISITA EL TEATRO DISCÉPOLO. Más abajo, un ex combatiente mataba a su mujer y a otras cuatro personas a hachazos.

Arrojó el diario: "Casi nunca suceden cosas" le diría Bruno, años después, "aunque la peste diezme una región de la India". Volvía a ver la cara pintarrajeada de su madre diciendo "existís porque me descuidé". Valor, sí señor, valor era lo que le había faltado. Que si no, habría terminado en las cloacas.

Madrecloaca.

Cuando de pronto —dijo Martín— tuve la sensación de que alguien estaba a mis espaldas, mirándome.

Durante unos instantes permaneció rígido, con esa rigidez expectante y tensa, cuando, en la oscuridad del dormitorio, se cree oír un sospechoso crujido. Porque muchas veces había sentido esa sensación sobre la nuca, pero era simplemente molesta o desagradable; ya que (explicó) siempre se había considerado feo y risible, y lo molestaba la sola presunción de que alguien estuviera estudiándolo o por lo menos observándolo a sus espaldas; razón por la cual se sentaba en los asientos últimos de los tranvías y ómnibus, o entraba al cine cuando las luces estaban apagadas. En tanto que en aquel momento sintió algo distinto. Algo —vaciló como buscando la palabra más adecuada—, algo inquietante, algo similar a ese crujido sospechoso que oímos, o creemos oír, en la profundidad de la noche.

Hizo un esfuerzo para mantener los ojos sobre la estatua, pero en realidad no la veía más: sus ojos estaban vueltos hacia dentro, como cuando se piensa en cosas pasadas y se trata de reconstruir oscuros recuerdos que exigen toda la concentración de nuestro espíritu.

"Alguien está tratando de comunicarse conmigo", dijo que pensó agitadamente.

La sensación de sentirse observado agravó, como siempre, sus vergüenzas: se veía feo, desproporcionado, torpe. Hasta sus diecisiete años se le ocurrían grotescos.

"Pero si no es así", le diría dos años después la muchacha que en ese momento estaba a sus espaldas; un tiempo enorme —pensaba Bruno—, porque no se medía por meses y ni siquiera por años, sino, como es propio de esa clase de seres, por catástrofes espirituales y por días de absoluta soledad y de inenarrable tristeza; días que se alargan y se deforman como tenebrosos fantasmas sobre las paredes del tiempo. "Si no es así de ningún modo", y lo escrutaba como un pintor observa a su modelo, chupando nerviosamente su eterno cigarrillo.

"Espera", decía.

"Sos algo más que un buen mozo", decía.

"Sos un muchacho interesante y profundo, aparte de que tenés un tipo muy raro."

—Sí, por supuesto —admitía Martín, sonriendo con amargura, mientras pensaba "ya ves que tengo razón"—, porque todo eso se dice cuando uno no es un buen mozo y todo lo demás no tiene importancia.

"Pero te digo que esperes", contestaba con irritación. "Sos largo y angosto, como un personaje del Greco."

Martín gruñó.

"Pero callate", prosiguió con indignación, como un sabio que es interrumpido o distraído con trivialidades en el momento en que está a punto de hallar la ansiada fórmula final. Y volviendo a chupar ávidamente el cigarrillo, como era habitual en ella cuando se concentraba, y frunciendo fuertemente el ceño, agregó:

"Pero, sabes: como rompiendo de pronto con ese proyecto de asceta español te revientan unos labios sensuales. Y además tenés esos ojos húmedos. Callate, ya sé que no te gusta nada todo esto que te digo pero déjame terminar. Creo que las mujeres te deben encontrar atractivo, a pesar de lo que vos te supones. Sí, también tu expresión. Una mezcla de pureza, de melancolía y de sensualidad reprimida. Pero además... un momento... Una ansiedad en tus ojos, debajo de esa frente que parece un balcón saledizo. Pero no sé si es todo eso lo que me gusta en vos. Creo que es otra cosa... Que tu espíritu domina sobre tu carne, como si estuvieras siempre en posición de firme. Bueno, gustar acaso no sea la palabra, quizá me sorprende, o me admira o me irrita, no sé... Tu espíritu reinando sobre tu cuerpo como un dictador austero.

"Como si Pío XII tuviera que vigilar un prostíbulo. Vamos, no te enojés, si ya sé que sos un ser angelical. Además, como te digo, no sé si eso me gusta en vos o es lo que más odio." Hizo un gran esfuerzo por mantener la mirada sobre la estatua. Dijo que en aquel momento sintió miedo y fascinación; miedo de darse vuelta y un fascinante deseo de hacerlo. Recordó que una vez, en la quebrada de Humahuaca, al borde de la Garganta del Diablo, mientras contemplaba a sus pies el abismo negro, una fuerza irresistible lo empujó de pronto a saltar hacia el otro lado. Y en ese momento le pasaba algo parecido: como si se sintiese impulsado a saltar a través de un oscuro abismo "hacia el otro lado de su existencia". Y entonces, aquella fuerza inconsciente pero irresistible le obligó a volver su cabeza.

Apenas la divisó, apartó con rapidez su mirada, volviendo a colocarla sobre la estatua. Tenía pavor por los seres humanos: le parecían imprevisibles, pero sobre todo perversos y sucios. Las estatuas, en cambio, le proporcionaban una tranquila felicidad, pertenecían a un mundo ordenado, bello y limpio.

Pero le era imposible ver la estatua: seguía manteniendo la imagen fugaz de la desconocida, la mancha azul de su pollera, el negro de su pelo lacio y largo, la palidez de su cara, su rostro clavado sobre él. Apenas eran manchas, como en un rápido boceto de pintor, sin ningún detalle que indicase una edad precisa ni un tipo determinado. Pero sabía — recalcó la palabra— que algo muy importante acababa de suceder en su vida: no tanto por lo que había visto, sino por el poderoso mensaje que recibió en silencio.

—Usted, Bruno, me lo ha dicho muchas veces. Que no siempre suceden cosas, que casi nunca suceden cosas. Un hombre cruza el estrecho de los Dardanelos, un señor asume la presidencia en Austria, la peste diezma una región de la India, y nada tiene importancia para uno. Usted mismo me ha dicho que es horrible, pero es así. En cambio, en aquel momento, tuve la sensación nítida de que acababa de suceder algo. Algo que cambiaría el curso de mi vida.

No podía precisar cuánto tiempo transcurrió, pero recordaba que después de un lapso que le pareció larguísimo sintió que la muchacha se levantaba y se iba. Entonces, mientras se alejaba, la observó: era alta, llevaba un libro en la mano izquierda y caminaba con cierta nerviosa energía. Sin advertirlo, Martín se levantó y empezó a caminar en la misma dirección. Pero de pronto, al tener conciencia de lo que estaba sucediendo y al imaginar que ella podía volver la cabeza y verlo detrás, siguiéndola, se detuvo con miedo. Entonces la vio alejarse en dirección al alto, por la calle Brasil hacia Balcarce.

Pronto desapareció de su vista.

Volvió lentamente a su banco y se sentó.

—Pero —le dijo— ya no era la misma persona que antes. Y nunca lo volvería a ser. (....)

## INFORME SOBRE CIEGOS

(...) Pero volvamos a las diferencias.

Aunque no: hay mucho todavía que decir sobre esto de los poderes infernales, porque acaso algún ingenuo piensa que se trata de una simple metáfora, no de una cruda realidad. Siempre me preocupó el problema del mal, cuando desde chico me ponía al lado de un hormiguero armado de un martillo y empezaba a matar bichos sin ton ni son. El pánico se apoderaba de las sobrevivientes, que corrían en cualquier sentido. Luego echaba agua con la manguera; inundación. Ya me imaginaba las escenas dentro, las obras de emergencia, las corridas, las órdenes y contraórdenes para salvar depósitos de alimentos, huevos, seguridad de reinas, etcétera. Finalmente, con una pala removía todo, abría grandes boquetes, buscaba las cuevas y destruía frenéticamente: catástrofe general. Después me ponía a cavilar sobre el sentido general de la existencia, y a pensar sobre nuestras propias inundaciones y terremotos. Así fui elaborando una serie de teorías, pues la idea de que estuviéramos gobernados por un Dios omnipotente, omnisciente y bondadoso me parecía tan contradictoria que ni siquiera creía que se pudiese tomar en serio. Al llegar a la época de la banda de asaltantes había elaborado ya las siguientes posibilidades:

1.° Dios no existe.

2.° Dios existe y es un canalla.

3.° Dios existe, pero a veces duerme: sus pesadillas son nuestra existencia.

4.° Dios existe, pero tiene accesos de locura: esos accesos son nuestra existencia.

5.° Dios no es omnipresente, no puede estar en todas partes. A veces está ausente ¿en otros mundos? ¿En otras cosas?

6.° Dios es un pobre diablo, con un problema demasiado complicado para sus fuerzas. Lucha con la materia como un artista con su obra. Algunas veces, en algún momento logra ser Goya, pero generalmente es un desastre.

7.° Dios fue derrotado antes de la Historia por el Príncipe de las Tinieblas. Y derrotado, convertido en presunto diablo, es doblemente desprestigiado, puesto que se le atribuye este universo calamitoso.

Yo no he inventado todas estas posibilidades, aunque por aquel entonces así lo creía; más tarde, verifiqué que algunas habían constituido tenaces convicciones de los hombres, sobre todo la hipótesis del Demonio triunfante. Durante más de mil años hombres intrépidos y lúcidos tuvieron que enfrentar la muerte y la tortura por haber develado el secreto. Fueron aniquilados y dispersados, ya que, es de suponer, las fuerzas que dominan el mundo no van a detenerse en pequeñeces cuando son capaces de hacer lo que hacen en general. Y así, pobres diablos o genios, fueron por igual atormentados, quemados por la Inquisición, colgados, desollados vivos; pueblos enteros fueron diezmados y dispersados. Desde la China hasta España las religiones de estado (cristianos o mazdeístas) limpiaron el mundo de cualquier intento de revelación. Y puede decirse que en cierto modo lograron su objetivo. Pues aun cuando algunas de las sectas no pudieron ser aniquiladas, se convirtieron a su turno en nueva fuente de mentira, tal como sucedió con los mahometanos. Veamos el mecanismo: según los gnósticos, el mundo sensible fue creado por un demonio llamado Jehová. Por largo tiempo la Suprema Deidad deja que obre libremente en el mundo, pero al fin envía a su hijo a que temporariamente habite en el cuerpo de Jesús, para de ese modo liberar al mundo de las

falaces enseñanzas de Moisés. Ahora bien: Mahoma pensaba, como algunos de estos gnósticos, que Jesús era un simple ser humano, que el Hijo de Dios había descendido a él en el bautismo y lo abandonó en la Pasión, ya que si no, sería inexplicable el famoso grito: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" Y cuando los romanos y los judíos escarnecen a Jesús, están escarneciendo una especie de fantasma. Pero lo grave es que de este modo (y en forma más o menos similar, pasa con otras sectas rebeldes) no se ha revelado la mistificación sino que se ha fortalecido. Porque para las sectas cristianas que sostenían que Jehová era el Demonio y que con Jesús se inicia la nueva era, como para los mahometanos, si el Príncipe de las Tinieblas reinó hasta Jesús (o hasta Mahoma), ahora en cambio, derrotado, ha vuelto a sus infiernos. Como se comprende, ésta es una doble mistificación: cuando se debilita la gran mentira, estos pobres diablos la consolidaban.

    Mi conclusión es obvia: sigue gobernando el Príncipe de las Tinieblas. Y ese gobierno se hace mediante la Secta Sagrada de los Ciegos. Es tan claro todo que casi me pondría a reír si no me poseyera el pavor. (...)

IGNACIO ALDECOA  
Santa Olaja de acero

(...)Higinio movió la manilla, miró al manómetro, volvió la cabeza y escupió. La máquina comenzó a moverse lentamente. Vía adelante un hombre les hacía señas con un palo en el que estaba recogida una franela verde. En la vía de la derecha, el gálibo, suspendido sobre un vagón solitario cargado de paja, tenía un ligero vaivén. A la izquierda estaban dos máquinas acopladas. Mendaña gritó algo a los fogoneros de las máquinas, algo que no le entendieron. Higinio sonreía. Mendaña siguió hablando a gritos mientras la máquina los apartaba y su resollar hacía que se borrasen las palabras.

—Olaja —dijo Higinio— tiene más pulmones que tú.

La máquina era para los dos, en la compañía del trabajo, Olaja; Olaja y nada más. A veces le llamaban la señora; pero lo decían irónicamente, porque ellos no eran señores y una compañera de trabajo tampoco podía ser señora (...)

Comenzaban los primeros túneles de la montaña. Cada uno tenía su nombre. Mendaña los iba nombrando a medida que iban entrando en ellos.

—El Barro... El del Lobo Viejo... El de la Moza...

Higinio estaba atento a la marcha de Olaja.

—Las traviesas están medio podridas. Un día nos vamos monte abajo con todo el percal. El humo en los túneles los aislaba, los envolvía. Higinio distinguía la tos bronca, de perro atragantado, de su compañero.

—¡Uf! El caño de respirar se me va a caer al balastro —decía Mendaña, y escupía prolijamente, con los ojos cargados de lágrimas—. Estoy tan sucio por dentro como por fuera.

Al entrar en un túnel se sentía como si toda la masa del convoy se achicase, y, ya dentro de él, parecía como si a la primera sensación de compresión sucediese otra de extensión y el túnel fuera a romperse ante la fuerza expansiva del tren. El ruido, el humo, la oscuridad, motivaban el juego de las sensaciones. A la salida, Olaja corría libre y hasta más alegre. Entrar en un túnel era entrar en una tormenta, en un negro nubarrón cargado de ruidos meteóricos y sobresaltantes, que convertían el paso de unos minutos por él en algo inexplicablemente temible, hecho de tinieblas, de insólitas coloraciones amarillas y rojas en el humo apelotonado en el puente de la máquina, de furiosos sonidos de hierro y de vapor de fuga.

En los túneles largos habitaba la desazón. La desazón de los rostros fosilizados de todos los viajeros que habían querido distinguir sus paredes con los ojos desmesuradamente abiertos. La desazón de los viajeros ancianos, que imaginaban horribles catástrofes dentro de túneles interminables. Algo intestinal y ciego; tajado del paisaje; el temor repentino de que Olaja, hasta entonces obediente, podía dejar de serlo allí mismo.

Pero Olaja pasaba los túneles: El Barro, el del Lobo Viejo, el de la Moza, el Tunelillo, y transmitía a las manos de Higinio sobre las palancas la serenidad de su fuerza encarrilada. Los valles estaban cubiertos de niebla. A medida que ascendían, al contemplar las cimas de las montañas, las nubes se les hacían más rápidas en su marcha. El cielo estaba claro, de un azul grisáceo, tenue y frío. Las nubes pasaban altas; en las crestas de los montes se deshacían a veces, alargándose en coletas. Las peñas, blancas al sol de verano, estaban como ensuciadas por la humedad. El verde, hasta la niebla de los valles, oscurecido.

—Va a nevar pronto —dijo Mendaña.

—¿Cómo lo sabes?

—El cielo está de cristal. Cuando se pone así, ya se sabe, nieve segura.

En uno de los túneles había obreros trabajando. Gritaban al paso de la máquina. Sostenían sus faroles a la altura de la cabeza. Mendaña les hacía gestos deshonestos y se reía a carcajadas.

Higinio disminuyó la velocidad de Olaja. Unos metros delante de la máquina, un hombre balanceaba un farol rojo. Higinio frenó.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Mendaña.

—La vía. La habrán levantado. ¡Quién sabe!

El hombre del farol rojo se acercó.

—Tenéis que volver atrás, hasta el apeadero. Estamos cambiando las traviesas. Cosa de una hora. La vía está levantada.

—Bueno. La organización es perfecta. En el apeadero nos dan la salida y ahora a volver atrás...

Higinio pulsó suavemente la palanca. A lo largo del convoy, como una sucesión de puntos sucesivos, los topes de los vagones se golpearon. El tren retrocedía.

—Bajar con tanto peso tirando de Olaja va a ser muy peligroso —dijo Mendaña—. A ver si nos arrastra la composición y...

—No lo pienses.

Los hombres de la vía gritaban; pero Mendaña no se reía a carcajadas ni les hacía gestos deshonestos. Estaba pendiente de la marcha de Olaja. El túnel se les hizo muy largo.

—No faltaba más que esos becerros hubieran dado la salida en La Penaza al mixto...

Higinio silbaba preocupado. Se pasaba la lengua por los labios, que el calor de Olaja reseca.

Acabó el túnel, y los dos respiraron profundamente. De Olaja escapó un largo chorro de vapor. Ninguno de los dos miraba a los valles.

—En cuanto pasemos el próximo tenemos el apeadero. Habrá que ver si nos podemos quedar allí o si tenemos que bajar todavía más...

En el horno, el carbón recién echado daba una llama azulada. Mendaña metió el hierro y hurgó prolijamente. Las llamas surgieron rojas.

—¿Tiene mucha presión?

La mano de Higinio se movió. Olaja volvió a dejar escapar vapor.

Al entrar en marcha atrás en el túnel notaron el calor húmedo de cueva o de invernadero. Las paredes chorreaban agua, y un musgullo verde se extendía por las zonas donde el chorreo del agua era menos intenso.

Olaja patinaba, apenas capaz de sostener el tirón de la composición. El rostro de Higinio se ensombreció.

—Esto va mal, Mendaña. Haz señas, si puedes, de que echen los frenos de los vagones.

—Los están echando para acortar velocidad, pero el convoy se vence. Fuerza un poco a Olaja a ver si resiste la tironada.

—Los que no van a resistir son los enganches.

Higinio movió la cabeza, preocupado.

—Estamos aumentando la velocidad. Si se nos desboca se hará ingobernable. Y seguramente no tenemos espacio para parar en el llano, porque detrás viene el mixto.

Por encima del ténder asomó la cabeza Mendaña.

—Nos hacen señas desde la primera garita. Se han dado cuenta de que esto marcha mal.

Higinio tenía las manos crispadas sobre las palancas.

—No me atrevo. Si los enganches se rompen...

—Lo tienes que hacer, Higinio...



La cara de Mendaña, al abrir el horno llameante, tenía una dureza de imagen.

—Este túnel no se acaba nunca —dijo Higinio.

En la voz notaba Mendaña la dificultad del momento. Sabía que Higinio no se preocupaba vanamente. Le miró con fijeza. La mano de Higinio movió la palanca. Fue como una descarga de fuerza. Olaja patinó resoplando, crujiendo.

—Los enganches resisten por ahora.

—Apenas he frenado —dijo Higinio— y ya has visto: se llevan a Olaja. Si freno fuerte, y tendré que hacerlo, a la salida del túnel, partimos el tren. Los vagones, embalados, llegarán hasta La Penaza.

Mendaña pensaba que Olaja tenía que resistir todo el tren, que Olaja tenía fuerza para detener el desboque de los vagones. Un desboque terrible de seres sin cabeza, porque aquel tren que se les presentaba como humanizado tenía su cabeza, su inteligencia, su fuerza recta en Olaja. Iba a ser acaso como lo que ocurre con las formas más primitivas de la animalidad que, aun mutilado el ser, cada parte tiene una vida propia y se agita y se mueve hasta que sobreviene la muerte. Mendaña tenía fe. Higinio escuchaba los ruidos del lanzamiento del tren. Los dos pensaban en Olaja, en que Olaja sería capaz de frenar el espanto.

Higinio movió de nuevo la palanca. Olaja resollaba profunda, animalmente. Estaban a punto de salir del túnel. Mendaña lo percibía en el aire, frío y duro, que penetraba silbando por los dos lados del tren.

—En cuanto estemos a la luz, Higinio, inténtalo.

Mendaña percibía el chirrido constante de los vagones, que iban frenando.

—No deben frenar de esa forma; van a arder los ejes.

Mendaña se asomó sobre el ténder y movió la lámpara a sus dos lados.

—Ya me han visto —gritó.

De pronto, la claridad. Una llovizna fina, densa, envolvía el paisaje. Pero los hombres del tren no tenían tiempo de fijarse en el paisaje.

—Mendaña, pasa a los vagones y diles que aflojen un poco los frenos, que voy a hacer la prueba de parar el tren. Diles que cuando tú hagas una seña con la mano frenen los vagones de más peso.

Mendaña saltó sobre las pilas de carbón. Algunos de los bloques se derrumbaron hasta los pies de Higinio, que estaba asomado con el cuerpo casi totalmente fuera mirando hacia las ruedas de los primeros vagones.

Mendaña estaba de regreso.

—Cuando tú digas, Higinio.

El tren llevaba ya una gran velocidad.

—Voy a aprovechar esta curva; alguno se saldrá del carril, pero acaso frenemos.

Puso las manos sobre las palancas y pitó largamente. Gritó:

—Si alguno salta...

Olaja fue frenando paulatinamente. Todo el tren retemblaba, se agitaba, parecía que iba a salirse de las vías. Los cubos de los ejes, recalentados, quemaban el aceite. En medio de la composición pareció que un vagón se encabritaba. Luego Olaja se hizo definitivamente con el resto del tren. Frenó totalmente, con seguridad; resbaló un poco sobre los rieles y el tren quedó parado. Los hombres saltaron a los bordes de la vía. El jefe de tren corría hacia la máquina. Higinio se pasaba la mano por la frente. El fogonero se apoyaba en Olaja.

—De buena nos hemos librado —dijo el jefe de tren.

Al borde de la vía estaban reunidos seis hombres. Hablaron durante unos instantes. Luego subieron al tren.

El apeadero estaba escasamente a unos doscientos metros. Cuidadosamente, Olaja empujó los vagones hasta que la composición quedó frente al andén. El jefe del apeadero se acercó a hablar con los de la máquina.

—Lo habéis conseguido por puro milagro. Os vi salir del túnel lanzados.

Higinio y Mendaña miraron a Olaja.

—Sí; ha sido como un milagro —dijo el fogonero.

Higinio saltó al puente de la máquina. Olaja expelió un largo chorro de vapor. El jefe del apeadero contaba a Mendaña:

—En La Penaza no habrán dado la salida al mixto; si se la hubieran dado, lo tendríamos entrando...

El sostenido pitido de la máquina del mixto acercándose cortó sus palabras (...)

A la puerta de la taberna se despidieron Mendaña e Higinio. Llevaban rumbos diferentes. Higinio caminaba con las manos metidas en su chaquetón de cuero. Mendaña pensaba que antes de llegar a su casa tenía que entrar en dos o tres tabernas a charlar un poco y a beber algunos vasos más. (...)

Higinio abrió la puerta del portal de su casa y subió las escaleras. La casa estaba en silencio. Entró en la cocina. Como pensaba, su mujer le había dejado la cena en el rescoldo de la hornilla. Se lavó en el fregadero, se descalzó y comenzó a cenar.

En la habitación estaba oscuro. Higinio no quiso encender la luz por no despertar a su mujer. Se sentó en la cama. Había colocado rutinariamente su camisa sobre la silla, los pantalones a los pies de la cama, el jersey mahón encima, el chaquetón de cuero colgado de la percha. Veía entrar un rayo de luz del cercano farol por entre los ventanillos entornados. Suspiró. Se tendió en la cama. Estaba caliente, agradable. Volvió la espalda a su mujer. El movimiento la arrancó del sueño.

—¡Hola, Higinio! —dijo con ronca voz de sueño—. ¿Qué tal hoy?

Higinio contestó:

—Bien. Como siempre.

Luego cerró los ojos.

EL INMORTAL  
Jorge Luis Borges

I

Que yo recuerde, mis trabajos empezaron en un jardín de Tebas Hekatómpylos, cuando Diocleciano era emperador. Yo había militado (sin gloria) en las recientes guerras egipcias, yo era tribuno de una legión que estuvo acuartelada en Berenice, frente al Mar Rojo: la fiebre y la magia consumieron a muchos hombres que codiciaban magnánimos el acero. Los mauritanos fueron vencidos; la tierra que antes ocuparon las ciudades rebeldes fue dedicada eternamente a los dioses plutónicos; Alejandría, debelada, imploró en vano la misericordia del César; antes de un año las legiones reportaron el triunfo, pero yo logré apenas divisar el rostro de Marte. Esa privación me dolió y fue tal vez la causa de que yo me arrojara a descubrir, por temerosos y difusos desiertos, la secreta Ciudad de los Inmortales.

Mis trabajos empezaron, he referido, en un jardín de Tebas. Toda esa noche no dormí, pues algo estaba combatiendo en mi corazón. Me levanté poco antes del alba; mis esclavos dormían, la luna tenía el mismo color de la infinita arena. Un jinete rendido y ensangrentado venía del oriente. A unos pasos de mí, rodó del caballo. Con una tenue voz insaciable me preguntó en latín el nombre del río que bañaba los muros de la ciudad. Le respondí que era el Egipto, que alimentan las lluvias. Otro es el río que persigo, replicó tristemente, el río secreto que purifica de la muerte a los hombres. Oscura sangre le manaba del pecho. Me dijo que su patria era una montaña que está al otro lado del Ganges y que en esa montaña era fama que si alguien caminara hasta el occidente, donde se acaba el mundo, llegaría al río cuyas aguas dan la inmortalidad. Agregó que en la margen ulterior se eleva la Ciudad de los Inmortales, rica en baluartes y anfiteatros y templos. Antes de la aurora murió, pero yo determiné descubrir la ciudad y su río. Interrogados por el verdugo, algunos prisioneros mauritanos confirmaron la relación del viajero; alguien recordó la llanura elísea, en el término de la tierra, donde la vida de los hombres es perdurable; alguien, las cumbres donde nace el Pactolo, cuyos moradores viven un siglo. En Roma, conversé con filósofos que sintieron que dilatar la vida de los hombres era dilatar su agonía y multiplicar el número de sus muertes. Ignoro si creí alguna vez en la Ciudad de los Inmortales: pienso que entonces me bastó la tarea de buscarla. Flavio, procónsul de Getulia, me entregó doscientos soldados para la empresa. También recluté mercenarios, que se dijeron conocedores de los caminos y que fueron los primeros en desertar.

Los hechos ulteriores han deformado hasta lo inextricable el recuerdo de nuestras primeras jornadas. Partimos de Arsinoe y entramos en el abrasado desierto. Atravesamos el país de los trogloditas, que devoran serpientes y carecen del comercio de la palabra; el de los garamantas, que tienen las mujeres en común y se nutren de leones; el de los augilas, que sólo veneran el Tártaro. Fatigamos otros desiertos, donde es negra la arena; donde el viajero debe usurpar las horas de la noche, pues el fervor del día es intolerable. De lejos divisé la montaña que dio nombre al Océano: en sus laderas crece el euforbio, que anula los venenos; en la cumbre habitan los sátiros, nación de hombres ferales y rústicos, inclinados a la lujuria. Que esas regiones bárbaras, donde la tierra es madre de monstruos, pudieran albergar en su seno una ciudad famosa, a todos nos pareció inconcebible. Proseguimos la marcha, pues hubiera sido una afrenta retroceder. Algunos temerarios durmieron con la cara expuesta a la luna; la fiebre los ardió; en el agua depravada de las cisternas otros bebieron la locura y la muerte. Entonces comenzaron las deserciones; muy poco después, los motines. Para reprimirlos, no vacilé ante el ejercicio de la severidad. Procedí rectamente, pero un centurión me advirtió que los sediciosos (ávidos de vengar la crucifixión de uno de ellos) maquinaban mi muerte. Huí del campamento, con los pocos soldados que me eran fieles. En el desierto los perdí, entre los remolinos de arena y la vasta noche. Una flecha cretense me laceró.

Varios días erré sin encontrar agua, o un solo enorme día multiplicado por el sol, por la sed y por el temor de la sed. Dejé el camino al arbitrio de mi caballo. En el alba, la lejanía se erizó de pirámides y de torres. Insoportablemente soñé con un exiguo y nítido laberinto: en el centro había un cántaro; mis manos casi lo tocaban, mis ojos lo veían, pero tan intrincadas y perplejas eran las curvas que yo sabía que iba a morir antes de alcanzarlo.

## II

Al desenredarme por fin de esa pesadilla, me vi tirado y maniatado en un oblongo nicho de piedra, no mayor que una sepultura común, superficialmente excavado en el agrio declive de una montaña. Los lados eran húmedos, antes pulidos por el tiempo que por la industria. Sentí en el pecho un doloroso latido, sentí que me abrasaba la sed. Me asomé y grité débilmente. Al pie de la montaña se dilataba sin rumor un arroyo impuro, entorpecido por escombros y arena; en la opuesta margen resplandecía (bajo el último sol o bajo el primero) la evidente Ciudad de los Inmortales. Vi muros, arcos, frontispicios y foros: el fundamento era una meseta de piedra. Un centenar de nichos irregulares, análogos al mío, surcaban la montaña y el valle. En la arena había pozos de poca hondura; de esos mezquinos agujeros (y de los nichos) emergían hombres de piel gris, de barba negligente, desnudos. Creí reconocerlos: pertenecían a la estirpe bestial de los trogloditas, que infestan las riberas del Golfo Árabe y las grutas etiópicas; no me maravillé de que no hablaran y de que devoraran serpientes.

La urgencia de la sed me hizo temerario. Consideré que estaba a unos treinta pies de la arena; me tiré, cerrados los ojos, atadas a la espalda las manos, montaña abajo. Hundí la cara ensangrentada en el agua oscura. Bebí como se abrevan los animales. Antes de perderme otra vez en el sueño y en los delirios, inexplicablemente repetí unas palabras griegas: los ricos teucros de Zelea que beben el agua negra del Eseo...

No sé cuántos días y noches rodaron sobre mí. Doloroso, incapaz de recuperar el abrigo de las cavernas, desnudo en la ignorada arena, dejé que la luna y el sol jugaran con mi aciago destino. Los trogloditas, infantiles en la barbarie, no me ayudaron a sobrevivir o a morir. En vano les rogué que me dieran muerte. Un día, con el filo de un pedernal rompí mis ligaduras. Otro, me levanté y pude mendigar o robar –yo, Marco Flaminio Rufo, tribuno militar de una de las legiones de Roma– mi primera detestada ración de carne de serpiente.

La codicia de ver a los Inmortales, de tocar la sobrehumana Ciudad, casi me vedaba dormir. Como si penetraran mi propósito, no dormían tampoco los trogloditas: al principio inferí que me vigilaban; luego, que se habían contagiado de mi inquietud, como podrían contagiarse los perros. Para alejarme de la bárbara aldea elegí la más pública de las horas, la declinación de la tarde, cuando casi todos los hombres emergen de las grietas y de los pozos y miran el poniente, sin verlo. Oré en voz alta, menos para suplicar el favor divino que para intimidar a la tribu con palabras articuladas. Atravesé el arroyo que los médanos entorpecen y me dirigí a la Ciudad. Confusamente me siguieron dos o tres hombres. Eran (como los otros de ese linaje) de menguada estatura; no inspiraban temor, sino repulsión. Debí rodear algunas hondonadas irregulares que me parecieron canteras; ofuscado por la grandeza de la Ciudad, yo la había creído cercana. Hacia la medianoche, pisé, erizada de formas idolátricas en la arena amarilla, la negra sombra de sus muros. Me detuvo una especie de horror sagrado. Tan abominadas del hombre son la novedad y el desierto que me alegré de que uno de los trogloditas me hubiera acompañado hasta el fin. Cerré los ojos y aguardé (sin dormir) que relumbrara el día.

He dicho que la Ciudad estaba fundada sobre una meseta de piedra. Esta meseta comparable a un acantilado no era menos ardua que los muros. En vano fatigué mis pasos: el negro basamento no descubría la menor irregularidad, los muros invariables no parecían consentir una sola puerta. La

fuerza del día hizo que yo me refugiara en una caverna; en el fondo había un pozo, en el pozo una escalera que se abismaba hacia la tiniebla inferior. Bajé; por un caos de sórdidas galerías llegué a una vasta cámara circular, apenas visible. Había nueve puertas en aquel sótano; ocho daban a un laberinto que falazmente desembocaba en la misma cámara; la novena (a través de otro laberinto) daba a una segunda cámara circular, igual a la primera. Ignoro el número total de las cámaras; mi desventura y mi ansiedad las multiplicaron. El silencio era hostil y casi perfecto; otro rumor no había en esas profundas redes de piedra que un viento subterráneo, cuya causa no descubrí; sin ruido se perdían entre las grietas hilos de agua herrumbrada. Horriblemente me habitué a ese dudoso mundo; consideré increíble que pudiera existir otra cosa que sótanos provistos de nueve puertas y que sótanos largos que se bifurcan. Ignoro el tiempo que debí caminar bajo tierra; sé que alguna vez confundí, en la misma nostalgia, la atroz aldea de los bárbaros y mi ciudad natal, entre los racimos.

En el fondo de un corredor, un no previsto muro me cerró el paso, una remota luz cayó sobre mí. Alcé los ofuscados ojos: en lo vertiginoso, en lo altísimo, vi un círculo de cielo tan azul que pudo parecerme de púrpura. Unos peldaños de metal escalaban el muro. La fatiga me relajaba, pero subí, sólo deteniéndome a veces para torpemente sollozar de felicidad. Fui divisando capiteles y astrágalos, frontones triangulares y bóvedas, confusas pompas del granito y del mármol. Así me fue deparado ascender de la ciega región de negros laberintos entretejidos a la resplandeciente Ciudad.

Emergí a una suerte de plazoleta; mejor dicho, de patio. Lo rodeaba un solo edificio de forma irregular y altura variable; a ese edificio heterogéneo pertenecían las diversas cúpulas y columnas. Antes que ningún otro rasgo de ese monumento increíble, me suspendió lo antiquísimo de su fábrica. Sentí que era anterior a los hombres, anterior a la tierra. Esa notoria antigüedad (aunque terrible de algún modo para los ojos) me pareció adecuada al trabajo de obreros inmortales. Cautelosamente al principio, con indiferencia después, con desesperación al fin, erré por escaleras y pavimentos del inextricable palacio. (Después averigüé que eran inconstantes la extensión y la altura de los peldaños, hecho que me hizo comprender la singular fatiga que me infundieron.) Este palacio es fábrica de los dioses, pensé primeramente. Exploré los inhabitados recintos y corregí: Los dioses que lo edificaron han muerto. Noté sus peculiaridades y dije: Los dioses que lo edificaron estaban locos. Lo dije, bien lo sé, con una incomprensible reprobación que era casi un remordimiento, con más horror intelectual que miedo sensible. A la impresión de enorme antigüedad se agregaron otras: la de lo interminable, la de lo atroz, la de lo complejamente insensato. Yo había cruzado un laberinto, pero la nítida Ciudad de los Inmortales me atemorizó y repugnó. Un laberinto es una casa labrada para confundir a los hombres; su arquitectura, pródiga en simetrías, está subordinada a ese fin. En el palacio que imperfectamente exploré, la arquitectura carecía de fin. Abundaban el corredor sin salida, la alta ventana inalcanzable, la aparatosa puerta que daba a una celda o a un pozo, las increíbles escaleras inversas, con los peldaños y la balaustrada hacia abajo. Otras, adheridas aéreamente al costado de un muro monumental, morían sin llegar a ninguna parte, al cabo de dos o tres giros, en la tiniebla superior de las cúpulas. Ignoro si todos los ejemplos que he enumerado son literales; sé que durante muchos años infestaron mis pesadillas; no puedo ya saber si tal o cual rasgo es una transcripción de la realidad o de las formas que desatinaron mis noches. Esta Ciudad (pensé) es tan horrible que su mera existencia y perduración, aunque en el centro de un desierto secreto, contamina el pasado y el porvenir y de algún modo compromete a los astros. Mientras perdure, nadie en el mundo podrá ser valeroso o feliz. No quiero describirla; un caos de palabras heterogéneas, un cuerpo de tigre o de toro, en el que pulularan monstruosamente, conjugados y odiándose, dientes, órganos y cabezas, pueden (tal vez) ser imágenes aproximativas.

No recuerdo las etapas de mi regreso, entre los polvorientos y húmedos hipogeos. Únicamente sé que no me abandonaba el temor de que, al salir del último laberinto, me rodeara otra vez la nefanda Ciudad de los Inmortales. Nada más puedo recordar. Ese olvido, ahora insuperable, fue quizá voluntario; quizá las circunstancias de mi evasión fueron tan ingratas que, en algún día no menos olvidado también, he jurado olvidarlas.

### III

Quienes hayan leído con atención el relato de mis trabajos recordarán que un hombre de la tribu me siguió como un perro podría seguirme, hasta la sombra irregular de los muros. Cuando salí del último sótano, lo encontré en la boca de la caverna. Estaba tirado en la arena, donde trazaba torpemente y borraba una hilera de signos, que eran como las letras de los sueños, que uno está a punto de entender y luego se juntan. Al principio, creí que se trataba de una escritura bárbara; después vi que es absurdo imaginar que hombres que no llegaron a la palabra lleguen a la escritura. Además, ninguna de las formas era igual a otra, lo cual excluía o alejaba la posibilidad de que fueran simbólicas. El hombre las trazaba, las miraba y las corregía. De golpe, como si le fastidiara ese juego, las borró con la palma y el antebrazo. Me miró, no pareció reconocerme. Sin embargo, tan grande era el alivio que me inundaba (o tan grande y medrosa mi soledad) que di en pensar que ese rudimental troglodita, que me miraba desde el suelo de la caverna, había estado esperándome. El sol caldeaba la llanura; cuando emprendimos el regreso a la aldea, bajo las primeras estrellas, la arena era ardorosa bajo los pies. El troglodita me precedió; esa noche concebí el propósito de enseñarle a reconocer, y acaso a repetir, algunas palabras. El perro y el caballo (reflexioné) son capaces de lo primero; muchas aves, como el ruiseñor de los Césares, de lo último. Por muy basto que fuera el entendimiento de un hombre, siempre sería superior al de irracionales.

La humildad y miseria del troglodita me trajeron a la memoria la imagen de Argos, el viejo perro moribundo de la Odisea, y así le puse el nombre de Argos y traté de enseñárselo. Fracasé y volví a fracasar. Los arbitrios, el rigor y la obstinación fueron del todo vanos. Inmóvil, con los ojos inertes, no parecía percibir los sonidos que yo procuraba inculcarle. A unos pasos de mí, era como si estuviera muy lejos. Echado en la arena, como una pequeña y ruinosa esfinge de lava, dejaba que sobre él giraran los cielos, desde el crepúsculo del día hasta el de la noche. Juzgué imposible que no se percatara de mi propósito. Recordé que es fama entre los etíopes que los monos deliberadamente no hablan para que no los obliguen a trabajar y atribuí a suspicacia o a temor el silencio de Argos. De esa imaginación pasé a otras, aún más extravagantes. Pensé que Argos y yo participábamos de universos distintos; pensé que nuestras percepciones eran iguales, pero que Argos las combinaba de otra manera y construía con ellas otros objetos; pensé que acaso no había objetos para él, sino un vertiginoso y continuo juego de impresiones brevísimas. Pensé en un mundo sin memoria, sin tiempo; consideré la posibilidad de un lenguaje que ignorara los sustantivos, un lenguaje de verbos impersonales o de indeclinables epítetos. Así fueron muriendo los días y con los días los años, pero algo parecido a la felicidad ocurrió una mañana. Llovió, con lentitud poderosa.

Las noches del desierto pueden ser frías, pero aquélla había sido un fuego. Soñé que un río de Tesalia (a cuyas aguas yo había restituido un pez de oro) venía a rescatarme; sobre la roja arena y la negra piedra yo lo oía acercarse; la frescura del aire y el rumor atareado de la lluvia me despertaron. Corrí desnudo a recibirla. Declinaba la noche; bajo las nubes amarillas la tribu, no menos dichosa que yo, se ofrecía a los vívidos aguaceros en una especie de éxtasis. Parecían coribantes a quienes posee la divinidad. Argos, puestos los ojos en la esfera, gemía; raudales le rodaban por la cara; no sólo de agua, sino (después lo supe) de lágrimas. Argos, le grité, Argos.

Entonces, con mansa admiración, como si descubriera una cosa perdida y olvidada hace mucho tiempo, Argos balbuceó estas palabras: Argos, perro de Ulises. Y después, también sin mirarme: Este perro tirado en el estiércol.

Fácilmente aceptamos la realidad, acaso porque intuimos que nada es real. Le pregunté qué sabía de la Odisea. La práctica del griego le era penosa; tuve que repetir la pregunta.

Muy poco, dijo. Menos que el rapsoda más pobre. Ya habrán pasado mil cien años desde que la inventé.

#### IV

Todo me fue dilucidado, aquel día. Los trogloditas eran los Inmortales; el riacho de aguas arenosas, el Río que buscaba el jinete. En cuanto a la ciudad cuyo nombre se había dilatado hasta el Ganges, nueve siglos haría que los Inmortales la habían assolado. Con las reliquias de su ruina erigieron, en el mismo lugar, la desatinada ciudad que yo recorrí: suerte de parodia o reverso y también templo de los dioses irracionales que manejan el mundo y de los que nada sabemos, salvo que no se parecen al hombre. Aquella fundación fue el último símbolo a que condescendieron los Inmortales; marca una etapa en que, juzgando que toda empresa es vana, determinaron vivir en el pensamiento, en la pura especulación. Erigieron la fábrica, la olvidaron y fueron a morar en las cuevas. Absortos, casi no percibían el mundo físico.

Esas cosas Homero las refirió, como quien habla con un niño. También me refirió su vejez y el postrer viaje que emprendió, movido, como Ulises, por el propósito de llegar a los hombres que no saben lo que es el mar ni comen carne sazónada con sal ni sospechan lo que es un remo. Habitó un siglo en la Ciudad de los Inmortales. Cuando la derribaron, aconsejó la fundación de la otra. Ello no debe sorprendernos; es fama que después de cantar la guerra de Ilión, cantó la guerra de las ranas y los ratones. Fue como un dios que creara el cosmos y luego el caos.

Ser inmortal es baladí; menos el hombre, todas las criaturas lo son, pues ignoran la muerte; lo divino, lo terrible, lo incomprendible, es saberse inmortal. He notado que, pese a las religiones, esa convicción es rarísima. Israelitas, cristianos y musulmanes profesan la inmortalidad, pero la veneración que tributan al primer siglo prueba que sólo creen en él, ya que destinan todos los demás, en número infinito, a premiarlo o a castigarlo. Más razonable me parece la rueda de ciertas religiones del Indostán; en esa rueda, que no tiene principio ni fin, cada vida es efecto de la anterior y engendra la siguiente, pero ninguna determina el conjunto... Adoctrinada por un ejercicio de siglos, la república de hombres inmortales había logrado la perfección de la tolerancia y casi del desdén. Sabía que en un plazo infinito le ocurren a todo hombre todas las cosas. Por sus pasadas o futuras virtudes, todo hombre es acreedor a toda bondad, pero también a toda traición, por sus infamias del pasado o del porvenir. Así como en los juegos de azar las cifras pares y las cifras impares tienden al equilibrio, así también se anulan y se corrigen el ingenio y la estolidez, y acaso el rústico poema del Cid es el contrapeso exigido por un solo epíteto de las Églogas o por una sentencia de Heráclito. El pensamiento más fugaz obedece a un dibujo invisible y puede coronar, o inaugurar, una forma secreta. Sé de quienes obraban el mal para que en los siglos futuros resultara el bien, o hubiera resultado en los ya pretéritos... Encarados así, todos nuestros actos son justos, pero también son indiferentes. No hay méritos morales o intelectuales. Homero compuso la Odisea; postulado un plazo infinito, con infinitas circunstancias y cambios, lo imposible es no componer, siquiera una vez, la Odisea. Nadie es alguien, un solo hombre inmortal es todos los hombres. Como Cornelio Agrippa, soy dios, soy héroe, soy filósofo, soy demonio y soy mundo, lo cual es una fatigosa manera de decir que no soy.

El concepto del mundo como sistema de precisas compensaciones influyó vastamente en los Inmortales. En primer término, los hizo invulnerables a la piedad. He mencionado las antiguas canteras que rompían los campos de la otra margen; un hombre se despeñó en la más honda, no podía

lastimarse ni morir, pero lo abrasaba la sed; antes que le arrojaran una cuerda pasaron setenta años. Tampoco interesaba el propio destino. El cuerpo era un sumiso animal doméstico y le bastaba, cada mes, la limosna de unas horas de sueño, de un poco de agua y de una piltrafa de carne. Que nadie quiera rebajarnos a ascetas. No hay placer más complejo que el pensamiento y a él nos entregábamos. A veces, un estímulo extraordinario nos restituía al mundo físico. Por ejemplo, aquella mañana, el viejo goce elemental de la lluvia. Esos lapsos eran rarísimos; todos los Inmortales eran capaces de perfecta quietud; recuerdo alguno a quien jamás he visto de pie: un pájaro anidaba en su pecho.

Entre los corolarios de la doctrina de que no hay cosa que no esté compensada por otra, hay uno de muy poca importancia teórica, pero que nos indujo, a fines o a principios del siglo X, a dispersarnos por la faz de la tierra. Cabe en estas palabras: Existe un río cuyas aguas dan la inmortalidad; en alguna región habrá otro río cuyas aguas la borren. El número de ríos no es infinito; un viajero inmortal que recorra el mundo acabará, algún día, por haber bebido de todos.

Nos propusimos descubrir ese río.

La muerte (o su alusión) hace preciosos y patéticos a los hombres. Éstos conmueven por su condición de fantasmas; cada acto que ejecutan puede ser último; no hay rostro que no esté por desdibujarse como el rostro de un sueño. Todo, entre los mortales, tiene el valor de lo irrecuperable y de lo azaroso. Entre los Inmortales, en cambio, cada acto (y cada pensamiento) es el eco de otros que en el pasado lo antecedieron, sin principio visible, o el fiel presagio de otros que en el futuro lo repetirán hasta el vértigo. No hay cosa que no esté como perdida entre infatigables espejos. Nada puede ocurrir una sola vez, nada es preciosamente precario. Lo elegíaco, lo grave, lo ceremonial, no rigen para los Inmortales. Homero y yo nos separamos en las puertas de Tánger; creo que no nos dijimos adiós.

## V

Recorrí nuevos reinos, nuevos imperios. En el otoño de 1066 milité en el puente de Stamford, ya no recuerdo si en las filas de Harold, que no tardó en hallar su destino, o en las de aquel infausto Harald Hardrada que conquistó seis pies de tierra inglesa, o un poco más. En el séptimo siglo de la Hégira, en el arrabal de Bulaq, transcribí con pausada caligrafía, en un idioma que he olvidado, en un alfabeto que ignoro, los siete viajes de Simbad y la historia de la Ciudad de Bronce. En un patio de la cárcel de Samarcanda he jugado muchísimo al ajedrez. En Bikanir he profesado la astrología y también en Bohemia. En 1638 estuve en Kolozsvár y después en Leipzig. En Aberdeen, en 1714, me suscribí a los seis volúmenes de la Ilíada de Pope; sé que los frecuenté con deleite. Hacia 1729 discutí el origen de ese poema con un profesor de retórica, llamado, creo, Giambattista; sus razones me parecieron irrefutables. El cuatro de octubre de 1921, el Patna, que me conducía a Bombay, tuvo que fondear en un puerto de la costa eritrea. Bajé; recordé otras mañanas muy antiguas, también frente al Mar Rojo, cuando yo era tribuno de Roma y la fiebre y la magia y la inacción consumían a los soldados. En las afueras vi un caudal de agua clara; la probé, movido por la costumbre. Al repechar la margen, un árbol espinoso me laceró el dorso de la mano. El inusitado dolor me pareció muy vivo. Incrédulo, silencioso y feliz, contemplé la preciosa formación de una lenta gota de sangre. De nuevo soy mortal, me repetí, de nuevo me parezco a todos los hombres. Esa noche, dormí hasta el amanecer.

... He revisado, al cabo de un año, estas páginas. Me consta que se ajustan a la verdad, pero en los primeros capítulos, y aun en ciertos párrafos de los otros, creo percibir algo falso. Ello es obra, tal vez, del abuso de rasgos circunstanciales, procedimiento que aprendí en los poetas y que todo lo contamina de falsedad, ya que esos rasgos pueden abundar en los hechos, pero no en su memoria...



Creo, sin embargo, haber descubierto una razón más íntima. La escribiré; no importa que me juzguen fantástico.

La historia que he narrado parece irreal porque en ella se mezclan los sucesos de dos hombres distintos. En el primer capítulo, el jinete quiere saber el nombre del río que baña las murallas de Tebas; Flaminio Rufo, que antes ha dado a la ciudad el epíteto de Hekatómpylos, dice que el río es el Egipto; ninguna de esas locuciones es adecuada a él, sino a Homero, que hace mención expresa, en la *Iliada*, de Tebas Hekatómpylos, y en la *Odisea*, por boca de Proteo y de Ulises, dice invariablemente Egipto por Nilo. En el capítulo segundo, el romano, al beber el agua inmortal, pronuncia unas palabras en griego; esas palabras son homéricas y pueden buscarse en el fin del famoso catálogo de las naves. Después, en el vertiginoso palacio, habla de "una reprobación que era casi un remordimiento"; esas palabras corresponden a Homero, que había proyectado ese horror. Tales anomalías me inquietaron; otras, de orden estético, me permitieron descubrir la verdad. El último capítulo las incluye; ahí está escrito que milité en el puente de Stamford, que transcribí, en Bulaq, los viajes de Simbad el Marino y que me suscribí, en Aberdeen, a la *Iliada* inglesa de Pope. Se lee, *inter alia*: "En Bikanir he profesado la astrología y también en Bohemia". Ninguno de esos testimonios es falso; lo significativo es el hecho de haberlos destacado. El primero de todos parece convenir a un hombre de guerra, pero luego se advierte que el narrador no repara en lo bélico y sí en la suerte de los hombres. Los que siguen son más curiosos. Una oscura razón elemental me obligó a registrarlos; lo hice porque sabía que eran patéticos. No lo son, dichos por el romano Flaminio Rufo. Lo son, dichos por Homero; es raro que éste copie, en el siglo trece, las aventuras de Simbad, de otro Ulises, y descubra, a la vuelta de muchos siglos, en un reino boreal y un idioma bárbaro, las formas de su *Iliada*. En cuanto a la oración que recoge el nombre de Bikanir, se ve que la ha fabricado un hombre de letras, ganoso (como el autor del catálogo de las naves) de mostrar vocablos espléndidos. Cuando se acerca el fin, ya no quedan imágenes del recuerdo; sólo quedan palabras. No es extraño que el tiempo haya confundido las que alguna vez me representaron con las que fueron símbolos de la suerte de quien me acompañó tantos siglos. Yo he sido Homero; en breve, seré Nadie, como Ulises; en breve, seré todos: estaré muerto.